



Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



UMARIO: Carlos Acuña: *La Función Social de los Archivos* □ Carlos Préndez Saldías: *A una muerta querida* □ Ricardo Donoso: *Una figura singular: don Simón Rodríguez* □ Marta Brunet: *Niú* □ Emilio

Henriot: *Don Juan o la Vida Vengadora* □ Ofelia Rodríguez de

Casali: *Bajo tu mirada* □ Antonio Bórquez Solar: *Bizarrias de*

Anaño □ Pablo Neruda: *Viñetas de luto* □ Augusto Iglesias:

El factor psíquico en la interpretación de la Historia y de la Leyenda

□ María Rosa González: *Creadora* □ Tomás Lago: *La*

Noche □ *Hombres, ideas y libros:* Raúl

Silva Castro: *Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset* □ Ra-

miro de Maeztu: *Ante el peligro* □ **NOTICIARIO:**

Omega: *Noticias literarias de Francia* □ **EX-LIBRIS** □

Glosario de Revistas: **§:** *Rosny, presi-*

dente de la Academia Goncourt. Por una nueva literatura

rusa. □ □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Mayo 31 de 1926

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

MAYO 31 DE 1926

NÚM. 3

Carlos Acuña

Función social de los archivos

 AY un ramo de la cultura nacional que es casi completamente desconocido de los chilenos y es el de los Archivos. No es raro que en una nación joven, de toda juventud, como la nuestra, existan estos olvidos.

Por lo general, nuestro público tiene al respecto sólo la idea de un conjunto de papeles viejos, cubiertos de polvo y llenos de telaraña hasta donde suelen llegar, con las gafas caladas, algunos buenos ancianos imbuídos de la chifladura de andar investigando el pasado.

La verdad es que hasta el 30 de Mayo del año último, casi no era más que eso el depósito más importante de los documentos de carácter histórico, que existía en la capital. Y si mucho se hizo por los encargados de dicho servicio y por los historiadores e investigadores, dada la pobreza de los medios y la indiferencia del Gobierno, no es menos cierto que el grado de cultura que en otros órdenes ha alcanzado ya el país no

podía armonizarse con el estado vergonzante en que yacía el rico acervo de la documentación histórica.

Un hombre público clarividente, Don Ramón Ricardo Rozas, Senador de la República, decía en una moción presentada por él en 1897:

«A medida que una nación progresa, que adopta nuevos sistemas de legislación y gobierno, sus aspiraciones crecen, y se hace necesario también ir creando, cambiando y mejorando la administración de un gran número de establecimientos y servicios públicos. Conservador y legislador de todas las propiedades públicas y privadas, de todos los impuestos y gravámenes, de todos los monumentos nacionales, de las glorias patrias, y celoso guardián de los contratos suscritos con las naciones extranjeras, el Supremo Gobierno ha debido llevar sus miradas y dirigir su vigilancia hacia los Archivos Nacionales, fuente de todo su sistema, de toda la organización del país, y base de la fortuna pública y privada.»

La moción terminaba proponiendo la creación de varios de tales establecimientos, de los cuales el principal era el Archivo Nacional.

Esta necesidad nacional ha venido a ser llenada casi treinta años después, el 30 de Mayo de 1925, con la creación del Archivo Histórico Nacional.

Antes de que entremos a analizar la organización que se ha dado en Chile al establecimiento guardador de los antiguos papeles, y a la labor que en tan poco tiempo lleva ya realizada, queremos referirnos brevemente al significado y papel de los archivos, y a lo que en esta materia se ha hecho en otros países.

* * *

Archivo viene etimológicamente del griego «archeion», de «arché», principio origen, cosa antigua. Archeion quiere decir lugar seguro. En latín: archium, chartarium, tabularium, scrianium.

La etimología explica así el papel de los archivos: guardar

en lugar seguro los documentos del pasado para que sean aprovechados por la colectividad.

Desde la antigüedad más remota, los pueblos dieron especial importancia a la conservación de los escritos humanos, en las formas más primitivas usadas por el hombre; y era tal el respeto que se tenía por ellos que por lo general se guardaban en los templos, bajo la custodia de los sacerdotes. Como es natural, se preferían para guardar los manuscritos de trascendencia colectiva o política; los que se referían al origen y desarrollo de las instituciones; los que daban cuenta de los actos de los gobernantes, vinculados íntimamente a la vida de los pueblos, las glorias y los desastres nacionales, las manifestaciones atribuidas a la divinidad, etc.

Se sabe que cuando los romanos, mandados por Vespasiano, tomaron por asalto a Jerusalén, los archivos hebreos fueron destruidos en el incendio del templo en que se guardaban.

Los templos de Demeter y de Delfos en Grecia y los de Ceres y Saturno en Roma constituyeron verdaderos archivos judiciales.

En el imperio romano hubo un archivo del Estado, «*Sacra Scrinia*», instalado en el Palatino.

Carlo Magno poseyó asimismo un archivo del que se hacía acompañar, bajo custodia especial, en sus numerosas expediciones y campañas militares.

Puede decirse que no hubo pueblo de la antigüedad que no poseyera sus archivos públicos.

Ocioso parece referirse a lo que en materia de archivos han realizado los países en la época moderna. Los principales archivos españoles son el Archivo Histórico Nacional de Madrid; el Archivo Central de Alcalá de Henares; el Archivo de Simancas; el Archivo de Indias, en Sevilla, este último tan rico en documentos relativos a la América española.

Alemania posee numerosos archivos: los hay en Berlín (el Archivo Secreto); en Aurich, Breslau, Charlottenburg, Danzig, Dusseldorf, Hannover, Coblenza, Könisberg, y diez ciudades

más. Existe, además, el Archivo Nacional de Karlsruhe, y el Archivo Central del Reino de Baviera.

Además del Gran Archivo del Vaticano, existen en Italia los siguientes archivos de mayor importancia: los de Roma, Génova, Nápoles, Milán, Venecia, Turín, Palermo, Florencia, Bolonia.

En Francia, el más importante es el Archivo Nacional que existe en París.

En Inglaterra, los documentos antiguos se guardan en el «New Record Office» de Londres, y en Escocia en el «General Register House» de Edimburgo.

En estos países, el ramo de archivos tiene una organización perfecta, con un jefe general y la reglamentación correspondiente.

En España, la jefatura general de los archivos está en manos del Director del Cuerpo de Archiveros, con residencia en Madrid. Este Cuerpo posee un escalafón, y los individuos que ingresan a él deben graduarse en la Escuela de Diplomática de la capital del reino. (Diplomática está aquí en la siguiente acepción del Diccionario: «Arte que enseña las reglas para conocer y distinguir los diplomas».)

La Dirección general de los archivos alemanes está en Berlín; en Italia dependen del Ministerio del Interior; en Inglaterra hay un Director General (Master of Rolls) y en Escocia un Lord Clerk Register.

Todas las naciones se han preocupado de preparar especialmente el personal que debe servir en los archivos, y entre las escuelas más importantes del ramo deben mencionarse: la «École des Chartres» de París, las «Scuole Paleographiche» de Italia, agregadas a los archivos; la Escuela de Archiveros de Baviera, la Escuela agregada a la Universidad de Múnich, en Prusia; el Instituto Austriaco de Investigaciones Históricas, en Viena; la Escuela Superior de Diplomática de Madrid, ya citada, etc.

La mayoría de estos archivos funcionan en palacios o edificios ad-hoc y poseen un personal rentado dignamente, y asimilado, por lo general, a la categoría universitaria superior.

Casi todas las naciones americanas han precedido a Chile en la fundación de sus archivos históricos; y así los hay, desde

hace tiempo, en Buenos Aires, La Habana, Bogotá, Caracas, Montevideo, etc. Basta decir que la más joven de las naciones del continente: Panamá, tiene un Archivo Nacional instalado en un moderno palacio propio.

* * *

Dado el desconocimiento que hay en Chile sobre la materia, es necesario insistir sobre el papel de los archivos y la función cultural que desempeñan.

La organización de estos establecimientos no sólo tiende a conservar y preservar los archivos sino también a facilitar su estudio y consulta.

Si en los manuscritos de una nación está su historia, el origen y desarrollo de todas sus instituciones, la fuente de innumerables derechos y obligaciones, es de figurarse cuánto importa a la colectividad que sea fácil el estudio y la consulta de los viejos papeles. «Ordenar y catalogar sistemáticamente el maremagnum confuso y desparpajado de nuestra variada documentación, mediante el establecimiento de una gran oficina que la centralice, que la conserve y la presente ordenada y fácil de consultar a quien quiera que se interese en su estudio, o busque los datos y noticias que le convengan», decía el eminente historiador don Ramón Sotomayor Valdés, refiriéndose a las tareas que incumben a un Archivo Nacional, en 1897, y son palabras que dan una idea muy precisa sobre el asunto.

Ordenar y clasificar documentos de carácter histórico es labor netamente intelectual, que no puede ser desempeñada por cualquiera sino por espíritus cultivados en ramos como la historia, la legislación general, la paleografía, etc. Exige, desde luego, una preparación humanística completa, como base para los estudios especiales que después se realicen.

Ramo técnico en materia de archivos es la paleografía. El Diccionario la define así: «Arte de leer la escritura y signos de los libros y documentos antiguos». Es indudable que el verdadero paleógrafo tiene que poseer conocimientos científicos especializa-

dos en caligrafía antigua, gramática histórica de la lengua respectiva, y un dominio completo del idioma; en fin, debe poseer todos los medios que le permitan resolver las dudas de una interpretación.

Interpretado y clasificado un documento, viene la tarea no menos ardua de la confección de índices y catálogos, que requiere asimismo especialización.

Cuando cada documento y cada nombre tiene su lugar en el índice y su sitio en el casillero decimal respectivo, aún no está terminada la función de los archivos; sólo está terminada la tarea de facilitar la consulta de los papeles, pero queda otra función de mayor nivel intelectual: las investigaciones y estudios históricos, la publicación de documentos inéditos; en resumen, el aprovechamiento para la colectividad de los materiales reunidos. Todos los archivos del mundo desarrollan una gran actividad en materia de publicaciones, boletines o revistas, etc. Por lo general, las naciones encomiendan a los archivos la publicación ordenada de todos sus documentos más importantes por series completas desde los comienzos de su historia.

* * *

Vamos a analizar someramente la organización que se ha dado en Chile al Archivo Histórico Nacional.

El Decreto Orgánico dice en su artículo 1.º: «El Archivo Histórico Nacional tendrá por objeto reunir todos los documentos y manuscritos referentes a la historia nacional, o que a ella contribuyan, y atender a su ordenación, aprovechamiento y publicación».

Para establecer qué clase de documentos debían ingresar al Archivo, se dispuso en el mismo Decreto que formarían parte de la nueva repartición los documentos judiciales de más de ochenta años de fecha y los de todo otro carácter administrativo que tuvieran más de sesenta años de fecha. Se excluyeron—no sabemos por qué razón—los documentos diplomáticos.

En los documentos de índole judicial entran los de las No-

tarías, Juzgados y Archivos Judiciales de toda la República; y en los de carácter administrativo los viejos archivos de las Intendencias, Gobernaciones, Municipalidades, Ejército y Marina, etc.

La medida de reunir, por fin, en un establecimiento central, perfectamente organizado, toda la documentación antigua de la República, vino a llenar una necesidad urgente y a cumplir una obligación de todo Estado culto.

Sería difícil calcular la enorme cantidad de valiosos documentos, perdidos para el Estado por falta de locales adecuados y seguros en que guardarlos, y las más de las veces por negligencia, ignorancia o culpa de los funcionarios que los tenían a su cargo. Muchos jefes de oficina, molestos por el lugar que ocupaban en los estantes, los viejos papeles, ordenaban su destrucción. Sabemos que un Intendente de Maule lo efectuó así con el viejo y riquísimo archivo de aquella repartición.

Era peregrino el criterio que algunos funcionarios públicos tenían sobre el particular, aunque no es de sorprenderse dado el atraso de aquellos tiempos. En la Advertencia Preliminar del tomo I del Catálogo de la Real Audiencia de Santiago, se cuenta que cuando el archivo de esta antigua corporación estuvo en el edificio que hoy ocupa la Intendencia de Santiago sufrió pérdidas considerables por infidelidad de algunos empleados inferiores, escribientes y porteros, que sustraían los papeles para venderlos a los «despachos»..., y hay un proceso sobre el particular.

Hay todavía otro caso más extraordinario. Cuando aquel mismo archivo fué desalojado del palacio antiguo de los Tribunales para dar local a la segunda sala de la Corte de Apelaciones, un miembro del Tribunal propuso que se quemase ese archivo «que ya no servía»; y mientras esto era acordado, lo hizo arrojar en desorden sobre el pavimento de ladrillos. Es de figurarse cuánto ha dañado este criterio de bárbaros a las fuentes de la historia y del desarrollo nacionales.

Continuando en el estudio de la organización dada al Archivo Histórico Nacional de Chile, señalaremos que, además de

los documentos judiciales y administrativos ya indicados, se dispuso que contribuirían a formarlo «los manuscritos que existan en el Museo Histórico Nacional; los archivos particulares manuscritos que se donaren al Estado, Biblioteca Nacional, Museo Histórico u otros establecimientos públicos; los documentos y manuscritos inéditos que estuvieren en poder de particulares y que la Dirección del Archivo estimare por conveniente adquirir».

Como base existente del nuevo Archivo Histórico Nacional, ingresó a él la Sección íntegra de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, en que existían archivos tan valiosos como los de la Real Audiencia, de la Inquisición, de los Jesuitas de toda la América, de la Capitanía General de Chile; y los archivos particulares de O'Higgins, Vicuña Mackenna, etc.

Según el decreto orgánico, el establecimiento se dividió en dos secciones: la primera que se denominó de «Investigaciones», y la segunda de «Índice y Catálogo». A la primera se le dió por objeto principal ordenar y publicar los documentos inéditos relativos a la historia nacional; y a la segunda, confeccionar índices y catálogos por medio de fichas, en conformidad al sistema decimal del Instituto Internacional de Bibliografía.

Se impuso al Archivo la obligación de publicar, en una Revista de carácter histórico, que vea la luz, por lo menos cuatro veces al año, documentos inéditos pertenecientes al Archivo.

En lo relativo a las copias, se asimiló el Archivo a las Notarías, respecto del arancel, dando facultad al Jefe de la oficina para autorizarlas.

Es indudable que el cumplimiento de las disposiciones del Decreto-Ley que creó y organizó un Instituto, que existía en todos los países civilizados del mundo, y cuya carencia, a más de causar perjuicios evidentes a la colectividad, estaba siendo un signo de atraso cultural, no ha sido tarea fácil. La documentación que debía ingresar al nuevo establecimiento estaba dispersa en las oficinas públicas de todo el país. Vino la labor de llamar a los funcionarios respectivos al cumplimiento de las disposiciones legales, de despertar su interés por la cooperación al nuevo servicio. Y poco a poco, después de un esfuerzo pa-

ciente y continuo, han venido ingresando al Archivo Histórico Nacional los antiguos documentos de todas las Notarías, Juzgados, Municipalidades, Intendencias y demás reparticiones de toda la República. Son muy pocas las oficinas morosas. Merced a ello, ya están a salvo de pérdida o destrucción riquísimos manuscritos y valiosas colecciones de documentos de donde la investigación histórica extraerá abundante material de estudio, y el Estado y los particulares la defensa de muchos derechos olvidados u oscuros.

Años de labor paciente y prolija se necesitarán para que toda la documentación ingresada posea sus respectivos índices y catálogos. El Archivo Histórico Nacional tiene una ardua labor que realizar, labor silenciosa y tesonera que no posee brillos exteriores, que es mejor una tarea científica de laboratorio; pero que necesita ser estimulada y apreciada por el Gobierno y la colectividad en cuyo provecho se efectúa.

Una de las evidentes ventajas de la fundación de un Instituto de esta naturaleza es que deja en una sola mano las iniciativas encaminadas a la búsqueda y aprovechamiento de los viejos papeles, haciéndola así más fructífera por su acción centralizada. Ya se ha visto esta ventaja con el ingreso gratuito para el Estado de varios archivos particulares, cuyos poseedores han sido estimulados a desprenderse de ellos, al tener conocimiento de que existía un Archivo Histórico Nacional bien organizado y con miras modernas, con un programa activo de trabajo y las seguridades debidas. El público comienza a tomar interés por las investigaciones históricas y la consulta de los viejos manuscritos, porque hoy puede llegar a una oficina llena de comodidades, donde lo único viejo son los rugosos pergaminos.

Carlos Préndez Saldías

A una muerta querida



TUS brazos, los que fueron entraña arrulladora de mi niñez sin madre, ya no pueden ahora estrecharme a tu vida.

Si están quietos y largos
bajo la tierra que hace frutos de miel y amargos!

Ya sabes, el misterio de la orilla siniestra
a que arrima su barca la pobre vida nuestra,
y se abrieron tus ojos al horizonte claro
de la mañana inmensa.

Yo con mi desamparo
y mi sed de infinito, voy pidiendo al destino
que retarde el recodo del último camino.
Un miedo de morir, grande como este anhelo
que me tiene los ojos perdidos en el cielo
y en las rutas lejanas, me deja todavía
ser un buen hombre alegre con mi melancolía...

No vienes a decirme que llegó la mañana,

ni abres, para que mire su canción, la ventana
que da al jardín sonoro.

¡Porque no estás conmigo,
el paisaje no asoma en el verso que digo!

¡Oh; mi muerta querida! Si la verdad no es ésa
deslumbradora y dulce de tu fe, ¡qué tristeza
cruel y desconsolada será la que tú tienes
viendo que Dios te deja con el polvo en las sienes!

Todo lo fuí en tu vida. Y estabas en mi abrazo
cuando dijo a tu oído la muerte su palabra.
Yo, como el solitario que no tiene regazo,
temblaré en el silencio cuando la puerta se abra
y mire que la ha abierto la mano del acaso.

Si mi niñez fué tuya, no era tu Dios el mío.
Se fué tu vida santa cual velero en un río
apacible, que sigue la corriente amorosa.
¡Mi muerte desgarrada de negador sombrío
será como un naufragio en la noche brumosa!

Una figura singular: don Simón Rodríguez

A fines de 1924 fueron solemnemente sepultados, en el Panteón de los Próceres de la capital del Rimac, los restos mortales de don Simón Rodríguez, que por un feliz acaso fueron hallados en Paita. Se han salvado así del olvido las cenizas del singular americano que holló con su planta inquieta dos continentes, y sus pobres huesos disfrutaban ahora del reposo que no encontraron en su trajinante y peregrina existencia.

Ningún americano actuó tal vez en la pasada centuria en un escenario más vasto que don Simón Rodríguez, dejando por doquier la huella de su genio excéntrico y original. Excepción hecha de Irisarri, ni Bello, ni García del Río, ni Mitre, ni Sarmiento, ni Vicuña Mackenna, todos hombres de pluma y de pensamiento, tuvieron una tan movediza existencia como la suya. «No quiero parecerme a los árboles, decía, que echan raíces en un lugar y no se mueven sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que marcha sin cesar». Desde Francia hasta la lejana Rusia, desde las islas británicas hasta la península italiana, en Europa, y todos los países que bañan las aguas del Pacífico, en América, recorrió con afán de peregrino y curiosidad insaciable.

SU VIDA

La decisiva influencia que tuvo en la formación intelectual de Bolívar, que justifica el título de Maestro del Libertador que se

le ha dado, su apóstolica consagración a la enseñanza, y la originalidad de sus ideas, que hacen de él el primer sostenedor y propagandista de las doctrinas socialistas en América, bastan para dar a don Simón Rodríguez un señalado lugar en la historia americana, y para recordar su personalidad como una de las más acentuadas y originales que aparecen en nuestro escenario durante la última centuria.

La vida misma de Rodríguez—desorientada, trajinante, activa, llena de puntos oscuros—es un aspecto más que aguza la curiosidad para ocuparse de ella. Lo poco que se sabe de sus primeros años apenas si es el eco, recogido con acucioso afecto, de una vaga e incierta tradición. De sus relaciones e influencia con Bolívar habló éste extensamente en su famosa carta de 1804 a Fanny du Villars, en la que lo caracteriza como el compañero de su infancia, el confidente de su adolescencia, el mentor cuyos consejos han tenido siempre en él tanta influencia. Juntos recorrieron, Bolívar y Rodríguez, parte de Francia y la mayor parte de la península italiana, para separarse a fines de 1805. Ocurre aquí una de las más largas lagunas en la vida del inquieto caraqueño, que se prolonga por cerca de cuatro lustros. De lo que fué su existencia en esos años, lo más importante tal vez en la formación de su cultura y en su orientación ideológica, escribió él, años después, lo siguiente: «Permanecí en Europa por más de veinte años; trabajé en un laboratorio de química industrial, en donde aprendí algunas cosas; concurri a juntas secretas de carácter socialista; oí de cerca al padre Infantín, a Olindo Rodríguez, a Pedro Leroux y a otros muchos que funcionaban como apóstoles de la secta; estudié un poco de literatura; aprendí lenguas, y regenté una escuela de primeras letras en un pueblecito de Rusia.»

A fines de 1823 arriba don Simón Rodríguez a Colombia y el Libertador se apresura a escribirle aquella su famosa carta de Pativilca, en la que le dice: «Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso». Los días trascurren rápidos y el inquieto caraqueño no puede ir a echarse en los brazos de su glorioso discípulo. «Yo no he

venido a América, le escribía desde Guayaquil en Enero de 1825, porque nació en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada. y me agrada porque es buena, porque el lugar es propio para la conferencia y para los ensayos, y porque es usted quien ha suscitado y sostenido la idea.» Por fin ese mismo año maestro y discípulo logran reunirse en Lima, y poco después enderezar juntos rumbo al altiplano.

En el Alto Perú iba don Simón Rodríguez a pretender realizar el sueño de su vida: el establecimiento de casas de educación, que se ajustarían a su plan personalísimo y original, el fruto de las cuales le permitiría echar las bases de una república ideal, formada por ciudadanos laboriosos, y destruir de raíz la religión de Jesucristo. A pesar de toda la benevolencia con que lo trató el general Sucre, pronto el sueño del incorregible ideólogo se derrumbó estrepitosamente. Bolívar es un paño de lágrimas, y el Libertador lo socorre generosamente. Se queja don Simón de la incompreensión de las gentes, de la hostilidad a sus propósitos, del abandono en que lo deja el gobierno. «Dos ensayos llevo hechos en América y nadie ha traslucido el espíritu de mi plan», decía. En Chuquisaca compuso su defensa de Bolívar y de sus compañeros de armas, que circuló manuscrita, y sólo fué dada a la estampa dos años después en Arequipa.

EN CHILE

En los años siguientes anduvo el trajinante venezolano de un lado para otro en el Perú, hasta que vino a dar con su humanidad en Chile. Es difícil determinar con exactitud la fecha del arribo de don Simón Rodríguez a las tierras de Arauco, pero ya en 1834 se hallaba en Concepción entregado de lleno a sus labores educativas. Parece que no fueron vientos de prosperidad los que por estos días soplaron al animoso preceptor, pues no hay ningún rastro de sus actividades en los años siguientes. En los últimos años de la administración del general Prieto lo

encontramos en Santiago, frecuentando el trato del venerable Bello y de otras personalidades chilenas. Fué tal vez entonces cuando lo conoció don Victorino Lastarria, quien en sus «Recuerdos literarios» lo pinta como «un viejo enjuto, trasparente, cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente».

Con ese su amor rabioso a la libertad — «la libertad me es más querida que el bienestar», decía — don Simón Rodríguez no encuentra arraigo en ninguna parte. Sueña con un viaje a Europa, todo le fastidia y no ve las horas de poder abandonar el suelo americano. «Estoy con un amigo, escribía por estos días, y... ¡tan bien! que sólo el deseo de volverme a Europa me hace emprender viaje. Este deseo me atormenta: en América no sirvo para nada: volviéndome a países donde he pasado una gran parte de mi vida, espero pasar la que me queda, tan felizmente como antes... esto es, sin enemigos». Pero de allí a poco lo hallamos en Valparaíso, regentando una pobre escuela de primeras letras y... fabricando velas. Sobre su puerta había escrito esta leyenda: «Luces y virtudes americanas, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola suerte, amor al trabajo».

Hombre sin prejuicios, con una carencia total de preocupaciones secundarias, Rodríguez sienta a su sirviente a su mesa, y no tiene escrúpulos en vivir públicamente con una india, en quien había tenido dos hijos, que amaba tiernamente y regocijaban sus viejos días. Cuando a principios de 1840 el eminente don Luis Antonio Vendel Heyl vió a Rodríguez en Valparaíso tuvo ocasión de constatar que ese su desprecio por las preocupaciones sociales era una de las causas que lo mantenían en un amargo aislamiento.

Pero en Chile iba a realizar don Simón Rodríguez —no en Lima como apunta Lozano y Lozano (*)— la máxima aspiración de su vida: la publicación de sus escritos: ese año 40 la imprenta de *El Mercurio* da a la estampa, en un folleto de 80

(*) «El maestro del Libertador», pág. 190.

páginas. «Sociedades americanas en 1828. Como serán y como podrían ser en los siglos venideros. Primera parte. Luces y virtudes sociales».

Ya a principios de ese mismo año don Simón Rodríguez había publicado en *El Mercurio*, que por esos días era de propiedad del sanjuanino José Luis Calle, una serie de artículos que eran la mejor anticipación de su escrito. Difícil sería dar una idea, por somera que fuera, de la índole de los artículos del trajinante caraqueño en *El Mercurio*: hay en ellos una originalidad tan personalísima, domina una carencia tal de propósitos determinados, que casi podrían juzgarse como una colección de aforismos, de tendencia filosófica y moral. La manera de composición es también tan personal y suya, sin sujetarse a ninguna de las normas corrientemente aceptadas, que ostenta un sello característico inconfundible. Borda don Simón Rodríguez algunas glosas a su tratado sobre las luces y las virtudes sociales. ¿Cuáles son para él las virtudes sociales? El orden, la unión, la paz y la amistad. Ya en su décimo artículo, de los quince que publicara, y que el diario porteño inserta en su columna editorial, como todos los anteriores, se ocupa de su tema favorito. la educación de los niños. Los hombres no estudian bien la infancia, dice. Es menester preocuparse de los niños para enseñarles a reflexionar. Hay que formar la opinión pública mediante la difusión de la enseñanza y en este sentido no se ha hecho nada en América.

Publicó también don Simón Rodríguez en *El Mercurio* algunos fragmentos de su defensa de Bolívar, en la que hay páginas admirables que revelan la agudeza de su espíritu y la sangrienta mordacidad de su pluma.

SUS IDEAS SOBRE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Ya en su defensa de Bolívar había esbozado el excéntrico caraqueño ciertos aspectos de su plan de instrucción pública, y los propósitos que habían guiado su acción docente en Chquisaca. «El plan de educación popular, escribió allí, de des-

linación a ejercicios útiles y de aspiración fundada a la propiedad, lo mandó ejecutar Bolívar en Chuquisaca. Expidió un decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos, no en casas de misericordia, a hilar por cuenta del Estado; no en conventos a rogar a Dios por sus bienhechores; no en cárceles a purgar la miseria o los vicios de sus padres; no en hospicios, a pasar sus primeros años aprendiendo a servir para merecer la preferencia de ser vendidos, a los que buscan criados fieles o esposas inocentes.

«Los niños se habían de recoger en casas cómodas y aseadas, agregaba, con piezas destinadas a talleres, y estos surtidos de instrumentos, y dirigidos por buenos maestros. Los varones debían aprender los tres oficios principales, albañilería, carpintería y herrería, porque con tierra, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias, y porque las operaciones de las artes mecánicas secundarias dependen del conocimiento de las primeras. Las hembras aprendían los servicios propios de su sexo, considerando sus fuerzas, se quitaban, por consiguiente, a los hombres, muchos ejercicios que usurpan a las mujeres.

«Todos debían estar decentemente alojados, vestidos, alimentados, curados y recibir instrucción moral, social y religiosa. Tenían, fuera de los maestros de cada oficio, agentes que cuidaban de sus personas y velaban sobre su conducta, y un director que trazaba el plan de operaciones y lo hacía ejecutar.

«La intención no era, como se pensó, apuntaba más adelante, llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino instruir y acostumbrar al trabajo para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento... era colonizar el país con sus propios habitantes. Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia.»

Una innovación tan atrevida no pudo menos de causar, sorpresa primero, e indignación después, en el pacato y religioso ambiente colonial de la docta Chuquisaca. No era, además, don Simón Rodríguez hombre de espíritu ponderado y prudente: en todas partes se jactaba de su amistad con Bolívar, en Cocha-

bamba peleó con medio mundo calificándolos de ignorantes y brutos, vivía amancebado, y en cierta ocasión dijo, ¡oh imperdonable herejía!, que antes de seis años él destruiría en Bolivia la religión de Jesucristo. No es de extrañar, pues, que Rodríguez, por su genio altivo y extravagante, se concitara la animosidad chuquisaqueña. Hasta el mismo benemérito y ecuaníme Sucre llevó sus quejas hasta el conocimiento del Libertador. «Considero a don Samuel (por el nombre de Samuel Róbinson que también se le daba), le escribía, un hombre muy instruído, benéfico cual nadie, desinteresado hasta lo sumo, y bueno por carácter y por sistema; pero lo considero también con una cabeza alborotada con ideas extravagantes, y con incapacidad para desempeñar el puesto que tiene bajo el plan que él dice y que yo no sé cual es; porque diferentes veces le he pedido que me traiga por escrito el sistema que él quiere adoptar, para que me sirva de regla, y en ocho meses no me lo ha podido presentar. Sólo en sus conversaciones dice hoy una cosa y mañana otra.»

El ruidoso fracaso de su ensayo de Chuquisaca no modificó en nada las ideas de don Simón Rodríguez sobre educación, atribuyendo aquel a la incomprensión de las gentes y a los cortos medios que se facilitaron para ponerlo en práctica. Por eso en su defensa de Bolívar se quejaba amargamente de los tropiezos que se le pusieron para la realización de su magno proyecto, y de la ceguera de las autoridades. Apuntan en ese su proyecto conceptos fundamentales de lo que debía ser un verdadero plan de educación popular, que colocan a don Simón Rodríguez entre uno de los precursores de la difusión de la primera enseñanza en Hispano América. El establecimiento destinado a la educación, decía, es social; su plan es nuevo; sus propósitos, formar ciudadanos para la república. La enseñanza no debe responder a fines piadosos, ni ser el objeto de la vanidad de los poderosos. Señalaba don Simón las condiciones que debía reunir el maestro con un acierto y una clarividencia que no repudiarían hoy el más exigente de los pedagogos.

Con la realización de su plan pretendía don Simón Rodrí-

guez transformar a Bolivia en una república democrática, a sus habitantes en verdaderos ciudadanos y a una considerable porción de la América en un país culto regido por instituciones republicanas.

Pero fué en Chile donde Rodríguez iba a tener la satisfacción de publicar los que él llamaba sus borradores sobre instrucción pública, «que tuvieron principios a fines del siglo pasado, en Europa, donde viví enseñando por espacio de muchos años», o sea su folleto «Sociedades americanas en 1828. Luces y virtudes sociales». Consagra en él el maestro caraqueño la introducción a esbozar su plan de educación popular, a criticar el sistema educativo existente, y a formular sus ideas políticas y sociales. La instrucción pública en el siglo XIX clama por una reforma, decía, y es la América la única llamada a emprenderla en las actuales circunstancias. En esta reforma, América no debe imitar servilmente, sino que debe ser original; las reformas deben ser graduales para que sus efectos sean durables y hay que seguir las enseñanzas de la experiencia. Es un deber de los gobiernos republicanos difundir la enseñanza; «Asuma el gobierno las funciones de padre común, escribía: generalice la instrucción y el arte social progresará, como progresan todas las artes que se cultivan con esmero.» Para disfrutar del goce de la ciudadanía los hombres deben prepararse mediante la adquisición de cuatro especies de conocimientos: instrucción social, corporal, técnica y científica. La instrucción que necesita el hombre es la que le debe dar el conocimiento de las obligaciones que debe llenar para con la sociedad en que vive. Concebía don Simón Rodríguez las labores educativas como una misión desinteresada y altísima, como un apostolado laico, y que él realizó instruyendo el más puro y noble paradigma. «Hacer negocio con la educación es..., escribía, diga cada lector todo lo malo que pueda, todavía le quedará mucho que decir». «Las funciones de un maestro y de un charlatán, apuntaba en otra parte, son tan opuestas, que no pueden compararse sin repugnancia».

Don Miguel Luis Amunátegui resume en tres puntos funda-

mentales el sistema educacional de don Simón Rodríguez: dirección exclusiva de la educación por el gobierno; educación general, uniforme y forzosa para todos: educación simultáneamente moral y física, que llene las necesidades espirituales y corporales del individuo. Con justificado orgullo apuntaba el eminente historiador chileno que Chile, la más oscura y pobre de las colonias hispano-americanas, fué una de las primeras en seguir, en su orientación cardinal, el programa educativo trazado por el altivo caraqueño. Pero, sin pretender plantear comparaciones enojosas, bien puede afirmarse que las líneas básicas del sistema formulado por don Simón Rodríguez podría servir, a más de una república indo-latina, para orientar la organización de su servicio de instrucción pública.

SUS IDEAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Pero el propósito que guió a don Simón Rodríguez al dar a la estampa su folleto citado no fué sólo el de formular un plan de educación pública, sino el de echar las bases de todo un vasto sistema de organización social. En este sistema el autor venezolano asigna a la educación el primer rango, una importancia fundamental y decisiva. Ante todo es el de Rodríguez un credo republicano, del más rabioso y exaltado republicanism. La instrucción general es el único medio de dar estabilidad a las instituciones liberales, escribía, Una vez obtenida la educación de los ciudadanos sería llegado el momento de proceder a la colonización del país por sus propios habitantes. En las repúblicas no debe haber populacho, agregaba, y los pueblos pueden vivir sin reyes y sin congresos. Pensemos en la suerte social de nuestros hijos, más bien que en sus comodidades, dejémosles luces en lugar de caudales, pues la ignorancia es más de temer que la pobreza. Juzgaba don Simón Rodríguez del progreso de las naciones por su organización política: donde hay un monarca absoluto el pueblo es nulo, consignaba. No es próspero ni libre el país, agregaba, en el que disfrutan de comodidades sólo ciertas clases sociales; no es próspero el que cuenta millo-

nes de miserables. «No hay libertad donde hay amos, ni prosperidad donde la casualidad dispone de la suerte social». Para clasificar los gobiernos en monárquicos o republicanos no atendía don Simón a las características de la organización de la administración, sino a la circunstancia de que identificaran o no sus intereses con los del pueblo. Es monárquico, argüía, el gobierno que procura el bienestar de las clases privilegiadas, y republicano el que se ocupa del mejoramiento de todos en general.

¿Cuál era el ideal de don Simón Rodríguez? Soñaba el singular venezolano con la creación de una república igualitaria, sin castas privilegiadas, ni clases dominantes, en que todos los habitantes disfrutaran por igual de las comodidades y placeres de la vida, a lo que se debía llegar mediante la difusión de la educación general. Aspiración generosa y seductora, sueño inalcanzable y lejano, frágil quimera de un espíritu soñador.

LA INFLUENCIA DE SAINT SIMON Y DE FOURIER

El eminente profesor Vendel Heyl, que era un sansimoniano ardiente, y conoció a Rodríguez en edad provecfa—tenía 74 años,—nos ha dejado una curiosa página sobre sus conversaciones con el andariego caraqueño. Aun cuando el maestro del Libertador reconocía que había escuchado la palabra ardorosa de Enfantin y Olindo Rodríguez, los más fieles discípulos del autor del *Nuevo cristianismo*, no comulgaba del todo con los nuevos postulados del sansimonismo. Aceptaba, sí, la comunidad de sus ideas con esa su orientación generosa en favor de los desheredados y en ese su propósito de hacer la vida lo más feliz posible para todos.

Declaró don Simón a Vendel Heyl que conocía los nombres de Fourier y Saint Simon, pero que no había leído sus obras. ¿Pretendía con esto aparecer como un pensador original, como un reformador personalísimo y único? Es evidente la influencia de la escuela socialista en las ideas políticas y sociales del preceptor venezolano, pero es justo también reconocer la origina-

lidad de su sistema de reforma social por medio de la instrucción pública. Los reformadores de la escuela socialista contrajeron su atención a las actividades de la vida industrial y social, asignando a la misión educativa un papel bien secundario. Don Simón Rodríguez, por el contrario, hace de su plan de instrucción pública el punto inicial de todo su programa reformador, la piedra fundamental de su edificio social. Ahí estriba la originalidad toda de su sistema, el admirable acierto de sus generosos proyectos, que el correr de los años y el pasar de las generaciones no hacen más que justificar con proyecciones definitivas.

EL OCASO

Es punto menos que imposible fijar con certeza la fecha de la partida de don Simón Rodríguez de Chile. Ni el peso de los años, ni los sinsabores de su aporreada existencia, le restaron vehemencia a su pasión trashumante. En 1843 lo hallamos en Ecuador, tres años después en la Nueva Granada, en 1850 está en Quito y poco después en un pueblecito a orillas del Titicaca, hasta que cuatro años después lo sorprendió la muerte en un puerto del Perú, arrullado por las aguas de Pacífico. Ahora reposan sus cenizas, recogidas por piadosas manos, en el Panteón de los Próceres de la vetusta y docta Lima. ¡Tardío homenaje de la posteridad a su noble, soñadora y singular existencia!

Niú



NJUTO el cuerpo andrógino vestido por Poiret suntuosamente, de ídolo la cabeza de lustrosa melena negra, al sesgo los ojos que se abrían lentos, silenciosa por el andar deslizado, la mujer avanzó hasta acodarse en la balaustrada.

Quien la seguía se llegó a ella, murmurando con la humildad llena de espanto del que habla a su destino: —Niú... Por favor, Niú ..

La mujer se irguió, volviéndose despaciosa hasta enfrentar al hombre anhelante. Parecía no verlo. Bajo la línea del flequillo los ojos miraban fijos, inexpresivos, ventanas abiertas sobre niebla que nada dejaban ver. El resto de la cara era también hermético: recta la nariz, sinuosa la boca, anguloso el óvalo de ámbar tostado, agudo en la barbilla.

A veces, en las mañanas nebulosas, se abre la ventana con ansia de escudriñar el paisaje. De pronto, un viento se enreda al velo grisáceo y lo arrastra lejos rompiéndolo. Nítidamente entonces el paisaje se muestra

en contorno habitual: el prado verdinegro en lo hondo, el río a trechos entre las breñas, la montaña azul de lejanía por fondo. Quien ame ilusionarse con la niebla hacedora de misterios, antes que el viento se la lleve dejándole la verdad de siempre, cerrará la ventana buscando guardar el encanto de lo que no será.

Así el hombre miraba los ojos vagos que no parecían mirarlo. Pero sintió que la mujer lo había visto y supo lo que sus ojos—sus ojos de él—verían en ella. Tuvo el impulso de apretar fuertemente los párpados por no ver lo que iba a ver, por guardar la ilusión de lo que no sería nunca.

Fué como si la angustia de su previsión hubiera modelado una máscara para la mujer. Los ojos se hicieron duros, de acero, de puñal, la nariz se afinó en la ira y la boca, como un trallazo, dijo:

—¡No!

Nada más. Se volvió y lentamente, con el andar deslizado y la expresión de nuevo hermética, se alejó porque adentro.

Abajo—en el mar—la luz del faro abanicaba las estrellas con su seda roja.

Arriba—en el hotel—el jazz decía las voces de una canción de negros.

Entre ambos—por la suavidad de la colina—los pinos alzaban su plegaria musitada gravemente.

Había visto lo que esperaba, pero igual que el viento al llevarse la niebla deja el paisaje deslumbrante, la e

presión de la mujer dejó al hombre ciego, inmovilizado de verdad apenadora.

Otro hombre avanzó fumando, lo miró y saludó alborozado:

—Marcial Moreno... ¡Qué buena cosa encontrarte!
¿Cómo te va?

Un espejo ante otro espejo: entre ellos la mujer. Así Marcial Moreno, entre su personalidad y la vida, veía a Niú reflejándose por la doble proyección hasta el infinito, creyendo que su existencia desde el fondo de los tiempos había sido hecha sólo para reflejarla, creyendo que la vida era sólo un simple marco para la figura amada. Hasta se sorprendía en gestos que eran de ella, en inflexiones de voz que le pertenecían. Sentía que sus ojos debían tener para el que saludaba, la misma expresión de niebla de los ojos de Niú.

La fuerte sacudida de la mano cordial pareció despertarlo. Contestó:

—¡Ah!... Muy bien ¿y a tí?

El otro lo miraba agudamente, con un escalpelo en cada pupila. Dijo brusco:

—Acabo de encontrarla. ¿Siguen lo mismo?

—Igual.

Era como decir: «Cuando acabe la noche amanecerá y será día». Igual: hoy como ayer, como mañana, como siempre... desde que ella entrara en su vida.

—¿Quieres hablarme un poco de esta historia? La sé vagamente y a tí te hará bien confiarte, deshacer con la palabra la angustia que llevas dentro.

Lo llevó hasta un banco. Se sentaron.

Marcial Moreno, más que al tipo clásico de escritor, pertenecía al de atleta. Alto, fuerte, musculoso, clara la mirada recta, huesuda la nariz, sensual la boca, sueltos los movimientos, con no se sabía qué simpatía de niño regalón en el conjunto, triunfaba en la vida por el triple penacho de su talento, de su apellido y de su dinero.

El otro era el amigo de la niñez que se ve de tarde en tarde y en quien se confía plenamente, un poco estupefactos al constatar que el zanjón de la disparidad de espíritus, de la diferencia del vivir, se llena fácil con una buena sonrisa en que hay lealtad de cariño.

—Cuando Niú apareció en las letras súbitamente publicando un tomo de versos lujuriosos, contra todas las voces que la ponían en sitio único de altura, me lancé ciego de negación. Escribí analizando verso a verso hasta destrozár el libro. Le busqué analogías, la acusé de plagio, poniendo en manifiesto que su originalidad era acentuar hasta el paroxismo lo sensual. No sé qué vértigo me cogió, pero ello fué que uno tras otro fuí publicando artículos, cada vez más enconados, más fieramente destructivos. No sólo escribía contra Niú; hablaba de ella con insistencia de idea fija. Me enfurecía el descoyuntamiento de sus versos, ese superponer las imágenes sin otro nexó que el ardor sensual llameando en cada palabra.

Nadie sabía su nombre, y ese misterio le hizo en torno una leyenda: se decía que era joven, extraordina-

riamente atractiva, que su vivir era exótico y suntuoso, libre de toda traba.

Cuando publiqué un estudio, basándome en Freud, para juzgarla como «un caso», recibí una tarjeta de grueso papel gris en la cual, con tinta morada y altas letras picudas, decía: «Hoy 6 de Junio, al atardecer, lo espera Niú». Abajo, una dirección.

Fuí. ¿Por qué fuí si la odiaba? Tal vez en lo obscuro del subconsciente mi yo preveía lo que iba a pasar y la actitud desafiadora, iconoclasta, era sólo una defensa anticipada. Fuí... e inexorablemente, fatalmente, el Destino se cumplió. Fuí.

Alta y cerrada de expresión la encontré entre el orientalismo de una casa absurda, llena de pasillos, de recovecos, de misterios, de medias luces. Ella misma, vestida con un camisón negro recamado de oro en dibujos chinos, era un ídolo en su templo.

Fumaba. No contestó a mi saludo. Se dejaba observar adosada contra la laca roja de un biombo, en escorzo la cabeza, semicerrados los párpados violetas de ojeras.

Fumaba. La mano iba y venía lenta, trozo de albura entre negror. Llegué a creer por su distracción que ignoraba mi presencia y otra vez murmuré mi saludo.

Bajó la cabeza, los ojos corrieron la inexpresiva niebla que los vela constantemente y la boca se plegó en una sonrisa de beso.

Es la mujer de las máscaras. No es la sensación que llega desplazando a otra, no es el fundirse un momento emoción con emoción quedando al fin una triunfante, no; es sin tránsito quitarse una máscara para

ponerse otra. En esa única entrevista, a su primera fisonomía de ídolo sucedió la de amorosa.

Yo la miraba con una especie de pavor. Esos ojos parecían sorberme y por siempre jamás la boca sería mi obsesión. El amor... yo sé de esta mujer que la adoro, es decir, que la deseo en cuerpo y alma, mía íntegra, que quisiera tenerla junto a mí como una presa, que ansío el poder hacerla feliz o desgraciada, que la quisiera obrando y pensando mi voluntad. ¡Y tal vez si esto fuera vendría el hastío! ¡Qué atado de contradicciones somos! Porque lo que me hace suyo sin retorno es sentirla lejana y hermética, de piedra e inmutable. ajena a mi dolor y a mi alegría. Ese choque es lo que me vuelve loco y me hace obstinarme contra su muro.

¿Qué te decía? ¡Ah, sí... ¡Su primera fisonomía fué de ídolo, la segunda de amorosa, la tercera de bacante: con la primera me inquietó, con la segunda me encantó, con la tercera me enloqueció. Había avanzado y junto a mí, pegada a mi cuerpo, sus manos que abandonarían el cigarrillo orlaron mi cara. Veía sus ojos volcados de éxtasis, veía su boca anhelante de ansia. No hice un movimiento. La boca avanzó buscando la mía, la tocó, la presionó, la succionó, la llagó... Las manos seguían fijas, de fuego las palmas sobre mis mejillas. Yo cerraba los ojos, medio desvanecido por el placer.

De súbito sentí la nada, como un cuerpo abandonado cayendo en el vacío. No había boca, no había manos, no había cuerpo, nada había junto a mí que me llevara hasta los confines del vibrar humano. Abrí grandes los ojos: adosada al biombo, con una cuarta máscara, esta

vez de sarcasmo, Niú dijo, arrojando como piedras las palabras:

—Caso patológico. Poema breve. ¿Le ha agradado al señor crítico la página que acabo de escribir?

Tomó el cigarrillo, levantó la cabeza en escorzo, anubló los ojos y nuevamente tuve ante mí un ídolo.

De mi estupor me sacó la sirvienta negra.

—Tenga la bondad, el señor.

Me pasaba el sombrero, el abrigo, los guantes. Apenas atiné a ponérmelos, a saludar, a salir.

No sé qué embrujo me diera esa mujer. Desde entonces vivo como un obseso, siguiéndola, escribiéndole, pidiéndole perdón, rogándole que me reciba, que me oiga, que me quiera, que se case conmigo, pasando por todas las humillaciones, por todas las vergüenzas. Ni siquiera he tratado de librarme de ella luchando con este amor. Tengo la fatalidad arraigada adentro como cosa viva: contra el Destino no se puede nada: sólo hay el dejarse llevar mansamente de su mano. Pero tal vez, cualquier día, al ¡no! duro, que es la respuesta de Niú, contestará el seco pistoletazo con que me mate.

Abajo—en el mar—una bocina gritó que la lancha se marchaba.

Arriba—en el hotel—voces juveniles coreaban el Ukelele.

Entre ambos—por la suavidad
de la colina—sentados en
un banco, dos hom-
bres callaban.

Emilio Henriot

Don Juan o la Vida Vengadora

(Trad. para *Atenea*)

PIRSO de Molina, Molière, Byron, Mérimée y todos los que hasta aquí se han ocupado en Don Juan, el inmortal seductor de Elvira, me parecen haberse cuidado generalmente más de la moral que de la verdad: después de haber descrito su vida de escándalos y de crímenes, han creído deber colocar su obra con un gran ejemplo, y, para hacerla más conmovedora, le agregaron, como última pincelada del retrato y del drama, unos, un castigo espantable, otros, un arrepentimiento demasiado fácil. «He aquí, pecadores, lo que os espera», parecen advertir al lector ligero estos moralistas intransigentes, mostrándoles al monstruo encantador que el Comendador castiga o que, espantado por la idea de la muerte próxima, se convierte *in extremis* para asegurar, por algunos días de apresurada contrición, su eterna bienaventuranza.

Es esto, a mi parecer, si no incurrir en una falta de psicología pues la composición del Don Juan literario no está exenta de ella, a lo menos subordinar en exceso a la necesidad de edificación, una pintura más humana de la vida; en todo caso, romper inútilmente la continuidad del carácter, más constante de lo que logra suponerse en un héroe tan locamente desinteresado. La experiencia nos demuestra, en efecto, que no siempre son los forajidos quienes vienen a ser castigados en el último acto,

en razón de que, tan dramática como pueda serlo, la vida jamás está reglada como una tragedia clásica. Aun el desenlace no es siempre inmediato en ella, y su drama nada tiene de teatral: es una tragedia que continúa.

Tal es la razón porque deseo referir aquí el verdadero castigo de Don Juan.

No es exacto que el Comendador, a la hora de la cena fatal, haya tocado con su mano helada la mano del héroe. Tenía, ciertamente, la intención de hacerlo; pero no lo hizo, porque este Comendador era sensible a la braveza, y viendo a Don Juan cómo le miraba sin temblar, a pesar de su temible apariencia y de oportunidad tan solemne, en el momento en que iba a anonadarle, sintió despertarse en él súbitamente cierta consideración hacia este hombre realmente valeroso.

Como el hermoso don Juan continuara observando al Comendador con su fuerte mirada inalterable, con una ligera sonrisa en los labios, con ese aire atento del hombre habituado a las cosas extrañas, a la estatua de piedra le dijo:

—Don Juan, eres valiente, pero ¿me estrecharías la mano?

—No puedo, replicó Don Juan, rehusar con decencia la mano de un gentilhomme con quien tuve el honor de cruzar mi espada y a quien tuve el seniimiento de matar, si os acordáis, en un combate por demás leal.

Dijo estas palabras con entonación muy cortés, cuya amabilidad no hacía, sin embargo, sino subrayar aún con mayor delicadeza la tranquila ironía. Aun mantenía extendida su hermosa mano.

—Soy yo quien ha de evitártelo, dijo lentamente el Comendador, manteniendo los brazos cruzados y sin extender la mano hacia la de su adversario. Estaba encargado de castigarte y de vengar tu odiosa perversidad; pero tengo la libertad de escoger mi venganza. Vive, pues. Sin embargo, no te consideres absuelto; vive sólo hasta la vejez; tú mismo serás quien ha de castigarte.

Y ahora fué al Comendador a quien tocó sonreír. Después desapareció sin dejar rastro, como fantasma que era. Don Juan,

sobrecogido un momento, se pasó las manos por los ojos, como para arrancar la imagen importuna de un sueño, y alzó imperceptiblemente las espaldas, con el gesto que le era habitual.

En seguida, como no tuviera hambre y no estuviera en ánimo para cenar solo, despreciando la merienda que había hecho preparar para el hombre de piedra, fué a buscar a Zerlina, que le esperaba como todas las tardes, desde hacía diez años, los mismos que la tenía abandonada a sus remordimientos; y se presentó ante ella como si acabara de abandonarla la víspera.

Fué, por lo demás, muy bien recibido, no sin algunas lágrimas apasionadas, que agregaron mayor placer al encuentro. Zerlina era de esos seres ingenuos que fundan la felicidad en no experimentar cambio alguno y en permanecer eternamente fieles a un ideal de perfección que se forjaron de una vez para siempre, por lo demás, sin saber acaso si su fidelidad no es sino la prueba de su ineptitud para crearse otros. Formaba parte del ideal de Zerlina el permanecer inmutablemente semejante a sí misma; tal es la razón porque pareció a Don Juan que esta persona tan constante era la más vana. La vida, deslizándose, parecía no haberla tocado, y esta primera impresión fué agradable a su amante: al contacto de un corazón tan fiel, se sintió rejuvenecido y vuelto tal como era por los años ya lejanos de su primer amor por Zerlina. Sin embargo, por una inclinación natural a la joven cuya sensibilidad hallaba delicioso recorrer paso a paso el mismo camino con minuciosa exactitud y rememorar ardorosamente, a cualquier propósito, expuesta al peligro de parecer enfadosa recordándole historias que tenía él enteramente olvidadas, comenzó Don Juan a advertir que Zerlina era moda pasada, que nada había aprendido después que él dejó de amarla, y que si se prestaba con tan amable facilidad a todas las fantasías de su nueva ternura, no acariciaba entre sus brazos sino el recuerdo del hombre que antes conociera y que él no era ya. Se produjo muy pronto en Don Juan el extraño sentimiento de que Zerlina le era en cierta manera infiel con él mismo; y cansado de tales complicaciones, poco inquieto, por lo demás, por desentrañar con cuál de estos dos

Don Juanes se forjaba Zerlina la delicada ilusión de engañar al otro, dejó en el acto de verla, definitivamente ahora, y sin esperanza alguna de volver.

No era tal vez Don Juan un hombre muy moral; pero es difícil negar que fuera extremadamente inteligente. Su ingenio, en los buenos tiempos de su carrera, le inclinó siempre a buscar en la experiencia inmediata un sentimiento de que pudiera aprovechar ocasionalmente, en el ejercicio cotidiano del culto de su felicidad personal, al que, desde la adolescencia, había consagrado su vida y sus andanzas. Este retorno desgraciado para Zerlina le disuadió de exponerse por más tiempo a dejarse llevar por el placer de seducir a sus antiguas conquistas; esta especie de vueltas sobre sí mismo no le eran de provecho; confusamente se daba cuenta de ello. Por otra parte, los últimos escándalos de su vida, sus duelos, sus frases hirientes, sus éxitos, su tono de perpetua mofa y su impía bravata con el Comendador, doblemente irrespetuosa, pues ya no se trataba de un vivo, sino de un muerto, y muerto por él, habían terminado por fatigar notablemente a la opinión pública en lo que a él tocaba. Concibió que la vida tal como creía que debiera continuar la suya, luego llegaría a serle imposible en España, y tomó el partido de visitar otros países.

Entonces fué cuando pasó a Francia, de cuyas mujeres quedó desde luego grandemente satisfecho; las halló diferentes a las españolas y de un carácter mejor dispuesto a armonizar con el suyo. Vió en algunas de ellas una disposición notable para distinguir con gran sutileza los menesteres del placer y los del sentimiento, a quienes se podía ofrecer o solicitar el uno sin el otro y que no se perturbaban mezclando el corazón en exigencias que no lograría satisfacer. La facilidad con que ellas respondían a sus deseos, sin que él estuviera obligado siquiera a probarles que los sentía, le pareció una excitante novedad. A una gran actividad del placer, a su espíritu de inventiva para provocarlo, unían ellas, por una total indiferencia, en el fondo sin duda más aparente que real, sobre el valor del bien ofrecido, el ejercicio de una libertad natural y una rara facilidad de expresión, que

tornaba fina y delicada la conversación con ellas en los difíciles momentos que siguen al amor exento de ternura.

Fascinado quedó Don Juan al descubrir este nuevo aspecto: estas francesas le parecían realmente de su gusto; le agradaba pensar que las encontraba amables porque en el fondo se le parecían, y porque, como él, no buscaban sino el placer. Este pensamiento, que en un principio le arrebató, no tardó en envenenar la fuente del placer que en ellas tomaba. Reflexionó entonces que no le agradaría jugar al ajedrez con un adversario en cuyo pensamiento pudiera leer como en un libro abierto, y que la partida parecería para él enteramente privada de interés desde el instante en que ya no ofreciera nada de imprevisto.

Buscó entonces, entre las francesas, una mujer capaz de experimentar esos hermosos y complicados sentimientos que un tiempo tuvo la fortuna de sorprender en Doña Ana, y cuya gracia reflexiva, discreción y severa belleza llegaran a unirse a un vivo ardor sensual y a la pasión española.

Creyó encontrar lo que esperaba junto a la mujer de un consejero del Parlamento de Borgoña, joven, bien formada, de mucho ingenio y carácter, y cuya mirada prometía, en su contenido fuego, esa felicidad patética y durable de que tanto tiempo estuvo privado. La vió por primera vez en la iglesia; y de su piedad dedujo un argumento favorable a la idea que desde el primer instante se forjara respecto a ella. La conoció; fué recibido en su casa; encontró en ella compañía escogida, los más refinados modales, el tono muy libre, aunque elevado siempre; y cuando juzgó llegado el momento conveniente, comenzó a hacerla la corte conforme a las reglas establecidas.

Pienso que es inútil extenderse acerca de la ciencia de Don Juan en estas materias y de su dominio en toda clase de entretenimientos, regalos, comidas, partidas de caza, relatos, lecturas, espectáculos y encantadoras sesiones de música, en que él no desdeñaba unir, atendiendo siempre a un fin de utilidad, el concurso oficioso al atractivo de su mérito personal: es verdad que este guapo caballero poseía a fondo el arte ingenioso de seducir sin darse apariencias de seductor, y sabía cómo es

necesario agradar aun antes de haber dejado sospechar que se lo deseaba.

Naturalmente, no ignoraba que cada corazón tiene su apropiado camino, que sólo a él conduce; y aun tan desviado como pudiera estarlo, poseía el mágico don de discernir muy pronto el camino del corazón que debía ganar. Fué así cómo llegó a hacerse amable a la consejera y cómo adelantó rápidamente sus propósitos respecto a ella, en tiempo más escaso que el que se había fijado.

La consejera era joven, adornada de raro ingenio y muy honesta. La reputación de Don Juan, que aun la literatura no había hecho resonar por todas partes, no había llegado a sus oídos: podría asegurarse que si hubiera sabido qué peligroso seductor reparaba en ella, esta mujer prudente lo habría mirado con desconfianza, y tal vez no hubiera tenido para tal personaje una acogida tan favorable. Tales fueron las razones, que la dejaron sorprendida cuando Don Juan, juzgando oportuno el momento, descubrió bruscamente sus baterías y libró valientemente el asalto.

La consejera le agradeció con mucha fineza y confusión el no haberla considerado indigna de inspirar tan vivo interés a un hombre como él, lleno de mérito y virtudes. Se confesó sensible a sus promesas, en que nada veía que no fuera honroso para ella; pero tenía el pesar de no poder compensarle en manera alguna, por una sola razón, que a él podía parecerle ridícula, lo que no impedía que fuera igualmente poderosa: y era que ella estaba locamente enamorada, y de su marido.

Aquella misma noche, Don Juan tomó el camino de Italia.

* * *

De Italia pasó a Grecia, y de allí, a tierras de turcos; visitó diversos bazares de Oriente: atravesó una parte de la China; se detuvo entre los moscovitas; volvió por Alemania y los países del Norte.

No tengo el propósito de consignar aquí el detalle de sus

aventuras y las circunstancias que las hicieron pintorescas o trágicas. A pesar de la diversidad de tierras, de lo extraño de los sucesos y lo amable de sus relaciones, facilitadas por la bolsa repleta y la audacia del héroe, el único punto digno de memoria en todos estos viajes es que el señor Don Juan no obtuvo de ellos sino la impresión de un largo y monótono fastidio, porque, aunque renovara el personal de sus experiencias y los paisajes que las decoraban, su curiosidad no se renovaba ya.

Así conoció inglesas pasivas, alemanas glotonas, orientales resignadas. Tuvo gran número de mujeres, y la lista se alargaba siempre. Unas mezclaban el amor a la vanidad, pero cesaba de preocuparlas desde que se veían libres de testigos que admiraran su triunfo; sin rivales a quienes desesperar o humillar. Otras no buscaban sino la distracción de la intriga. Algunas amaban verdaderamente, con toda el alma; pero en ellas la voluptuosidad resultaba hartó mediana; lo que ante todo en su amante las interesaba era el pretexto de amar; no estaban enamoradas sino del amor. Otras, por fin, dotadas de sentidos más exigentes, no mezclaban ninguna delicadeza al placer de satisfacerlos. Con éstas, el único placer posible era un placer mudo, inmediatamente seguido de la indiferencia. Las había que se abandonaban cerrando los ojos y que gemían como palomas: cedían al placer y parecían encerrar un secreto en el fondo de sí mismas; pero al recobrase, ya no conservaban tal apariencia.

La mayor parte sólo pensaban en su propia dicha, y jamás en procurarla; muchas veces tuvo Don Juan la impresión de que, entre los brazos que le estrechaban, ocupaba el lugar de otro. Excitado por el desdén, nunca olvidaba, antes de despedirse, dejar entender que no se le había engañado. Como siempre acompañaba lo que decía con una sonrisa extremadamente fina, que escondía acaso con delicado pudor la herida de un corazón ensombrecido, adquirió una extraordinaria reputación de malignidad.

De tal suerte, arrastrado siempre por el sincero deseo de quedar enteramente subyugado —y no habría llegado a serlo sino por una criatura que hubiera comprendido que este hombre era

sobre todas las cosas un desgraciado a quien hubiera sido preciso consolar,—Don Juan no conoció jamás la suerte de ser condolido, y quiso la desgracia que, andando el tiempo, cobrara, también él, la costumbre de no tomar en cuenta sino su propio placer. Lo que le defendía de la depravación, lo que, tan libertino como hubiera llegado a ser, tan dotado de inventiva y del peligroso poder de imaginar, es el haberse dado cuenta muy pronto de que el círculo del placer es limitado y el placer, en sí mismo, corto; el haber comprendido que todo el atractivo del amor está más en el deseo que en el instante rápido que lo satisface; que el hombre mejor dotado para el amor puede alimentar con energía las ilusiones del apetito, acompañarlas de brillantes promesas, nutrir las de locas ambiciones; pero, que, a pesar de todo, las más vivas se extinguen demasiado pronto, en cuanto la naturaleza se siente harta; y llega a estarlo muy luego; y que el animal no está satisfecho sino a costa de inauditos engaños.

Los tiempos se habían consumado.

En sus agotadoras rebuscas, Don Juan advirtió por fin que le restaban más recuerdos que esperanzas. Pero sus recuerdos carecían de rostro. Había dejado de llevar su lista al día: no experimentaba ningún placer releyéndola; la vanidad misma había llegado a serle totalmente indiferente. Es más; cuando lograba posar una mirada distraída por esos millares de nombres, quedaba desagradablemente sorprendido porque no lograba colocar frente a ellos sino el de un héroe, siempre el mismo: el suyo. Zerlina, Don Juan; Elvira, Don Juan; Doña Ana, Don Juan; Mariana, Don Juan; Clorinda, Don Juan; Violante, Don Juan; Julieta, Isabel, Clara, María, Antonia, Faustina, Eleonora, Don Juan, Don Juan, Don Juan, Don Juan... ¡Qué comedia tan poco variada! ¡Qué pobreza de comparsas! ¡Qué monotonía en esta obligada reducción de problemas a un denominador común único! ¡Un solo héroe para tantas heroínas! Uno solo, siempre el mismo. Tal idea, cuando se le venía a la cabeza, hacía bostezar a Don Juan irremediamente. Se hallaba siempre extremadamente uno mismo. El mismo y solo. Solo.

Se hallaba solo, en efecto. Sganarelle había muerto tiempo atrás. El pobre criado no representaba una compañía harto apreciable; pero, en fin, a pesar de sus reconvenciones, sus quejas, sus fastidiosos consejos, era alguien con quien se podía hablar, un pretexto para oír el sonido de su propia voz. Muerto Sganarelle, Don Juan no habló ya. Se vió aún más solo. Entonces, arrastrado por una fuerza incierta, volvió a tomar el camino de España.

* * *

Cuando hubo puesto los pies en su suelo natal, en Sevilla, dudó del acierto de haber deseado ver nuevamente su patria. No se sentía inclinado a volver a su palacio: sabía que allí nada hallaría apropiado para distraerle. Se puso a caminar hacia adelante, al azar, el corazón vacío y el espíritu indiferente.

Era una suave noche de primavera, polvorienta y seca, llena de fragantes olores: el mismo aire polvoroso sentaba bien; Don Juan reparó en el poder de reconstrucción del perfume sobre la memoria. Esta sensación agradable le comunicó pronto una ligera alegría; decidió continuar vagando para no perder nada de este momento tan dichoso.

Su paseo le llevó hasta las murallas, desde donde la vista se extiende sobre la campiña sevillana, vaporosa y nítida. Cuando examinaba ese horizonte desnudo, que repentinamente volvía a encontrar intacto, vió una niña que permanecía sentada sobre el muro, dedicada gravemente a comer uvas, sosteniendo el racimo al extremo del brazo, por sobre ella; mordisqueaba además, como un cabritillo, vuelta la cabeza, alguna rama demasiado alta para ella, bajo los parrales.

A Don Juan le pareció hermoso el cuadro, y se aproximó, atraído por el juego de la muchachita. Más próxima, parecía menos niña: iba vestida de harapos vistosos y sórdidos; los brazos desnudos, macizos y de hermosas formas. El cuello extendido recortaba sobre el cielo puro una línea perfecta, de

medalla, y luego, la garganta, llena, no era la de una niña. Sus piernas sucias estaban también desnudas, sus musculosos pies cubiertos de polvo oscilaban en el vacío, sobre el suelo. Pero la muchachita no prestaba ninguna atención al caballero que la observaba sonriendo, parado delante de ella con las manos en las caderas. Sólo cuando hubo concluido con el racimo, volvió hacia él la cabeza, entornó los ojos y riendo, le arrojó la película de la última uva a la cara. La frescura del hollejo chupado azotó la sangre viva del hombre, y como la niña se hubiera sentado de un salto sobre las piernas, la cogió de ambos puños. Ella no volvía los ojos; no hizo ninguna resistencia ni mostró temor alguno.

—He aquí una pequeña desvergonzada, se dijo Don Juan, clavando la mirada en sus ojos.

Reteniéndola aún por las manos, la atrajo hacia él, para besarla en la cara, en cuanto bajara esos ojos tan claros, que lo ofendían. Sin embargo, como no los desviara todavía, decidió abrazarla. Entonces ella volvió bruscamente la cabeza, y los labios del hombre no lograron rozar sino un bucle de los cabellos mal anudados tras de la oreja. Don Juan, sorprendido, retrocedió para ver mejor el rostro joven y obstinado.

—¿No me quieres? ¿Por qué?

La pequeña movió la cabeza.

—¿No? Vamos, no seas tonta. Y por de pronto, ¿cómo te llamas?

—Excepción, respondió ella.

—Todo un programa, replicó riendo Don Juan. Pero ¿tú sabes bien quién soy yo?

Excepción levantó los hombros. Seguro de sí mismo. Don Juan lanzó el gran argumento.

—Me llaman Don Juan.

Probablemente la niña no había oído hablar jamás de tan grande hombre, pues el nombre no hizo sobre ella mayor efecto que el vuestro o el mío.

—Es singular, se dijo Don Juan. Esto no vale un comino, y me pone rabioso.

Permaneció unos instantes contemplando la figura infantil y audaz. Con los ojos clavados en él, ella, realmente, no tenía ningún temor. Su carne joven, que aparecía dura a la mirada, brillaba bajo la suciedad, como una flor en el estercolero. Don Juan se sintió mordido, en el fondo de sí mismo, por su demonio. Después, temblando un poco, del solo deseo, le dijo en voz baja.

—¿No te agrado yo?

Excepción le miraba tranquilamente.

—No, dijo por fin; eres demasiado viejo.

Don Juan soltó las dos manos y dejó escapar a la muchacha. Alejándose, restregaba uno contra otro sus puños doloridos y no volvió la cabeza.

Fué algunos días después cuando Don Juan encontró a Elvira.

• • •

No la reconoció de pronto. Sólo vió a la vuelta de una callejuela, una mujer envuelta en un largo manto, que caminaba delante de él, calzada con elegantes zuecos de plata. Seducido por la delgadez del tobillo, apresuró el paso; después, volviéndose enteramente, la miró a la cara, lanzando una exclamación.

Era una mujer vieja, amarillenta y arrugada, una mujer concluída, la que tenía ante sí. Pero en esta cara marchita los ojos se habían conservado exactamente iguales y era aún los ojos, los magníficos ojos de Elvira. Ante su fuego, que no había disminuído, Don Juan quedó suspenso. Un extraño sentimiento se animaba en él; y por primera vez en su vida, en pecado de cordedad delante de una mujer, no sabía qué decir. No pudo sino pronunciar su nombre.

—¡Elvira!

Elvira se puso a reir inmediatamente y sacudió la cabeza.

—¡Una sombra! ¡No es sino una sombra! decía, riendo siempre.

Y con la mano, como se aleja un mosquito de la cara, hacía el ademán de ahuyentar un fantasma.

—Una sombra no, Elvira; creedme, murmuraba humildemente Don Juan. Un hombre desgraciado y poco orgulloso de sí mismo, que vuelve a ti para siempre; Don Juan, el Don Juan vuestro, Elvira.

La anciana reía a más y mejor.

—¡Sombra, déjame! Estoy enamorada y tú pierdes tu tiempo. No te pareces a aquel que yo amo, y el que yo amo murió hace mil años. No, no; tú no eres Don Juan, sombra vil, ¡Don Juan era más hermoso que tú! Mira, y observa si te le pareces.

Y diciendo esto, tendió a Don Juan una miniatura que llevaba al cuello, al extremo de una cadena de oro. Don Juan miró el retrato; era el suyo, el mismo que entregara a Elvira en los tiempos de sus buenos amores. Se reconoció en él, joven y lleno de fuerzas. Revolviendo la miniatura entre sus dedos, vió que llevaba al reverso un pequeño espejo de plata, donde pudo comparar el aspecto de lo que había llegado a ser. Entonces recordó lo que le había dicho la niña en las murallas.

Elvira desapareció saltando sobre sus menudos zuecos de plata, balanceándose a derecha e izquierda, moviendo la cabeza y riendo siempre como una loca. Sólo en este momento comprendió Don Juan que estaba privada de razón.

Recordó entonces lo que ella había sido, y rememoró los grandes días perdidos. Se dijo con amargura que Elvira había tenido su corazón de veinte años, aquel que se da una vez y que nunca más podemos recobrar. Pensó que Elvira en medio de sus lágrimas le había permanecido fiel. Reconoció que había hecho mal a la única mujer que lo amara verdaderamente; y su corazón se apretó dolorosamente ante la idea de que antes de su demencia, Elvira debió juzgarle, y que aquella vez fué ante sus ojos menos hermoso de lo que un día deseara serlo. Se dijo que el mayor crimen es haber engañado a quien nos ama, y que él había malgastado su vida. Terminó por concluir que el sentimiento de una vida perdida era el verdadero castigo que un hombre debía merecer por sus faltas, y su pensamiento voló hacia Elvira: «Por sobre los mares, bajo el cielo, en cualquier

extremo de la tierra adonde vaya, en cualquier lugar, Elvira; o bien muerto, más allá de la tumba, desde lo profundo de los infiernos o de los cielos, eternamente en mi corazón, de hoy para siempre, alimentaré mi desesperación con tu recuerdo, oh, tú, que fuiste la primera en amarme, tú, a quien siempre desconocí!»

Desde aquel día, dudando de sí mismo, menos seguro que nunca de haber estado en la razón, hizo el recuento de todas sus locuras, y comprendió que de ellas nada había guardado que pudiera consolarle en la vejez. Y el remordimiento no le abandonó ya, y le torturó tanto más cuanto no creía en Dios ni en el diablo, y no tenía fe, ni norma, ni moral cuyo rigor pudiera socorrerlo en su desamparo. Sabía sólo que había hecho mal, pues ya no había suerte de paz en su corazón. Y no tenía un hijo a quien formar, para hacer de él un hombre diferente. Estaba tan desesperado, que concluyó por recordar las extrañas palabras del Comendador, en las que jamás había pensado: «Vive, pues; pero no te consideres absuelto».

Razón tenía el Comendador. Don Juan comprendió que habría valido más quedar aniquilado en lo más vivo de su juventud heroica, incrédula y loca, antes que haber dudado jamás de sí mismo.

Ofelia Rodríguez de Casali

Bajo tu mirada



E empurpuró la carne tu mirada...
y me alejé, cautiva en tu retina,
como una vela blanca
herida por los fuegos de la tarde!

Fuí enjoyando mi carne
con la luz de los astros,
y enriquecí el latir de mis arterias
con el ritmo de todos los poemas
que duermen en la sombra...

Y cuando tus pupilas
destrozaron los linos que envolvían mis formas,
me erguí bajo tus ojos
como un amanecer de primavera
donde fueran cantando las aves y las flores
los poemas que nadie dijo nunca!

Me enrojeció la carne tu mirada
más brillante que una lámpara clara
rasgando las entrañas de la tarde!

Bizarrias de Antaño

V

TAN pronto como llegué a Santiago tuve el placer de encontrarme con el poeta González y fuimos casi inseparables. El me buscaba. A donde él quería iba yo con él. En una de estas andanzas me contó que lo habían nombrado jurado en el certamen literario de «La Flecha». Yo me había presentado a tal concurso desde Los Angeles. Lo que sucedió en este certamen con respecto al número de poesía, ya lo he referido en unos «Recuerdos Literarios» que publiqué en *El Ferrocarril*, cuando la muerte de don Antonio Subercaseaux Pérez. Dije entonces:

«El Certamen del 97 fué hecho con la valiosa ayuda del filántropo don Federico Varela. El premio para la mejor colección de poesías era de trescientos pesos. El jurado de la sección poética quedó formado por los señores Guillermo Malta, Pedro A. González y Antonio Subercaseaux Pérez. Se veía, pues, que las antiguas tendencias poéticas y las nuevas estaban bien representadas. Se eligió al señor Subercaseaux P., muy joven, pero lleno de sabiduría y de un admirable equilibrio de temperamento, para conciliar las opiniones en un caso previsto.

Fueron numerosas las colecciones de poesías, 40, las que se presentaron al Certamen Varela. Después de ser examinadas escrupulosamente, fueron selectadas cuatro de ellas. Don Gui-

lermo Matta señaló, desde el primer momento, una que le halagaba el gusto, que estaba muy de acuerdo con su modo de pensar literario. El poeta González no era del mismo parecer; pero no se atrevía a manifestarlo por el gran cariño que tenía a don Guillermo y también por la ingénita timidez de su carácter. El señor Subercaseaux Pérez combatió esa opinión y sostuvo que el premio debía otorgarse en justicia a las diez poesías que firmaba *Gran Galeoto*.

Se hizo de nuevo un estudio de todas las poesías. El poeta Matta confirmó su parecer, El poeta González, que entonces vivía en la casa de un señor Cornejo que era empleado de la de Orates, llevó a su vivienda los cuadernos manuscritos, y ahí me dijo:

—*Tengo la misma opinión que don Antonio Subercaseaux P.*

Con cierta turbación en la voz le insté a que así lo manifestara delante de los otros jurados.

—Esta colección que quiere premiar don Guillermo—me dijo—me gusta menos que cualquiera de estas tres que él señala para las menciones honrosas; pero... temo contrariarlo.

—Yo en tu lugar—le repuse—me dejaría de leseras y premiaría a *Gran Galeoto*.

—Y tú ¿por qué insistes...?—dijome, mirándome fijamente a pesar del ligero estrabismo de su pupila izquierda.—¡Ni que supiera de quién es el seudónimo...

No pude contenerme más y le confesé que yo era *Gran Galeoto*, y como no quisiera creerme le recité de memoria varias de las poesías y hasta las escribí para que comparara las caligrafías. Entonces, esto era en 1897, recién llegado yo de provincia, nunca había tenido correspondencia epistolar con el queridísimo poeta, tan grande como infortunado.

Convencido González de que yo no lo engañaba, me dijo serenamente, con una firmeza inconvencible:

—Tú mismo acabas de decidir la cuestión. *Gran Galeoto* no se llevará el premio porque es amigo mío. Yo no quiero, ni remotamente, ser sospechoso de parcialidad en mis juicios. Votaré con don Guillermo.

Después don Antonio Subercaseaux Pérez presentaba como jurado, separadamente, su informe en contra del de mayoría, y en él elogiaba a Gran Galeoto, le decía también sus defectos y lo estimulaba a cultivar la poesía. Este notable documento literario vió la luz en *La Epoca* de aquellos días.

Obtuvo, pues, el premio por esta circunstancia, en el Certamen Varela de 1896 - 1897, don Pedro N. Préndez. Yo obtuve una mención honrosa. El día de la distribución de premios, como yo manifestara mi propósito de ir a la fiesta, el mismo poeta González me disuadió de él, me llevó a su casa, me prodigó toda clase de atenciones y yo lo pasé muy alegremente.

Pero, a pesar de todo, declaro que me hizo muy poca gracia el dictamen de González que quiso parecer insospechable y fué injusto e inverecundo por esta sola vez. El premio en dinero me habría servido de mucho en aquellos días en que envidiaba de todo corazón a los lirios del campo que no tejen ni hilan v van vestidos como príncipes y a las avecitas del cielo que ni siembran ni cosechan... ¡Oh buen Jesús!

* * *

Por estos días del fin de Otoño de 1897 llegó a Santiago el joven salvadoreño Arturo Ambrogí, precedido de una gran reputación de escritor, que se la había formado con una revista que publicaba en su país, en la que escribía en una prosa almiarada y empedrada de exotismos, que estaba un poco distante del modernismo sano y fuerte. Ambrogí era un mozo de veintidós años, delgado, no muy alto, sin asomo de bigote, con la cara como una manzana, monda y lironda, blanca y rosada. Era simpático con su mirada fulgurante y bailarina.

Llegó a la capital ya de noche, de la estación Alameda directamente a *La Ley*. Aquí preguntó por Cabrera Guerra a quien conocía epistolarmente. Este lo presentó a los demás redactores. El recién llegado nos dijo que había roto la jaula y había volado a Chile atraído por el prestigio de que disfrutábamos en todo el continente; añadió que no traía más equipaje que su malelín de

de virilidad. Era no muy alto, pálido, con gafas, gran mostacho a la borgoñona. Tenía un aire tribunicio a la menor exaltación y declamaba sus versos con acento de inspirado. Fuimos noctámbulos, a las veces, por dialogar sobre los temas que más amábamos. Hasta nos retratamos juntos una vez. Fué un verdadero poeta de inspiración, hondamente sentimental y conmovedor. Balmaceda, que no se fijaba sino en el talento, en la aristocracia mental, le hizo secretario de la Legación de Chile en París. Honor efímero para el poeta que cayó con la revolución nefasta.

Cuando me presentaron a Ricardo Fernández Mollalva y oí su palabra sobria y autoritaria, no sé por qué vi en él a un militarote a la antigua usanza. Dos días después, oyendo de nuevo la voz que se aterciopelaba en la confianza, y que se hacía temblorosa y dulce en la confidencia, vi su alma de bondad que, como tantas otras, trataba de esconderse en la dureza de un caparazón, para no sufrir el roce de los gruesos y ásperos espíritus vulgares.

Murió, muy temprano ciertamente, porque quiso morir y se llevó lo mejor de su tesoro apolíneo. Sus amigos lo querían; su partido político se enorgullecía de él; todos esperaban la madurez de su talento; pero por buscar en los paraísos artificiales el olvido de la ordinariez del vivir cotidiano, porque era un *inadaptable* se refugió en los brazos de la Liberadora y, jovialmente, con una risa melistofélica partió como un dardo en el azul.

* * *

En la Primavera de 1897 se publicó «Cuentos de Alcoa», de Angel C. Espejo. Saludé con una loa, en la *Revista Cómica*, el libro recién aparecido. Y como poco después en *La Libertad Electoral* fueran impugnados estos Cuentos y se hablara de decadencia, salí de nuevo a la palestra: publiqué en *La Ley* estas líneas:

«¿ÉPOCA DE DECADENCIA?»

«En vano unos pocos han dado el falso grito, que resuena

lúgubremente, hace ya más de una década, en el augusto templo del Arte, bajo sus bóvedas solemnes y graníticas: ¡Los dioses se van!

Falso grito de alarma; los dioses no se van. No pueden irse, mientras haya en el ara un sacerdote que ofrende, en el ábside una llama sacra y en los plintos y frontones del coro choque el trueno de las armonías rituales.

Porque, dígase lo que se quiera, pocas épocas como la presente pueden encontrarse, en la larguísima sucesión de los siglos, que aquejadas por interno y profundo malestar, hayan sido más laboriosas, más infatigables en su culto por el arte; que hayan dedicado tantas energías, individuales y colectivas, siempre anhelantes, con la vista fija clavada en el lejano horizonte en busca de las cúpulas de oro de la Ciudad Ideal, con tanta confianza en el porvenir que se vislumbra hermosamente, magnífico, como un astro de irradiaciones argentinas y perennes.

Y que nosotros llegaremos no hay que dudarlo, aunque proclamen, de mala o buena fe, la afirmación contraria los que lo ven todo negro porque tienen el alma casi asfixiada ya en la enrarecida atmósfera del más crudo de los excepticismos.

No hay que creer que al morir Hugo un sol se hizo pedazos y que la obra de los nuevos está concretándose a reuir esas trizas. Hoy por hoy todos los laboradores están empeñados en fabricar nueva obra con elementos propios, o en preparar el camino, como el Bautista, para el que ha de venir. De aquí por qué el afirmar que es ésta época de decadencia para el arte, es un error. Con esa afirmación se incurre en la más triste y lamentable de las negaciones. Sé yo de los antiguos siglos en verdad decadentes para las letras, que muchos son en la historia, y los comparo con el presente al cual se le ha apellidado del mismo modo, y no encuentro razón la que menor que justifique el mote; porque si bien es cierto que no es este siglo brillantísimo como los siglos de oro de las literaturas, que dieron monumentos que vivirán eternamente, porque llevan el sello divino de la inmortalidad,—no es menos verdadero que no se nota en la moderna producción intelectual ese debilita-

miento de fuerzas, esa clorosis de las literaturas para las cuales, después de haber cumplido una misión augusta y civilizadora, ha sonado en el reloj del tiempo la hora del reposo.

No se comprende cómo puede negarse este movimiento artístico que recorre a Europa del uno al otro extremo, que hace palpitar todos los pueblos, que ha despertado al cóndor de la América joven para ensayar sus alas en el ritmo supremo del vuelo, en el corazón de sus bosques virginales o en la cima de sus florecimientos de ciudades, y cuyas manifestaciones pueblan las esferas de la poesía, de la música y de las artes plásticas.

¿Acaso no se quiere ver ni se quiere oír? Y el que tenga oídos, oiga, dice el Evangelio.

Se proclama la decadencia en nombre del buen gusto académico ultrajado, de los fueros de la Academia no respetados, de la estética de la Academia desatendida, en nombre del estagirita y del venusino, de Boileau y de todas las tradiciones, como si sólo la Academia poseyera el verdadero buen gusto, como si no fueran baladíes los tales fueros de la Academia, como si ésta fuese el sacratísimo tabernáculo de la Estética y no una raposa carcelera de la que es en verdad; la Academia que enseña una estética falsa, amanerada, cursi y convencionalista; como si Aristóteles, Homero y Boileau fueran legisladores infalibles, como si por sobre todo ese fárrago académico no estuviese allá en la altura la estrella de los tres reyes de Oriente, señalando el sendero a todos los escogidos y a todos los privilegiados.

He aquí el secreto: época de decadencia porque los espíritus no quieren someterse a la tutela; porque no se encuadran las producciones artísticas en los viejos moldes agujereados por el uso de cien generaciones; porque se proclama la independencia en el arte; porque se obedece a nuevas tendencias y se siguen nuevos rumbos en concordancia con las aspiraciones y exigencias del progreso que se desentiende de los fósiles y sigue su gran marcha de triunfo; porque el artista pone más de relieve su personalidad, mira con sus propios ojos y es más sincero

en la expresión de sus ideas, de sus emociones, sin tomar muy a lo serio una preceptiva casi de todo punto ilógica.

¡Cómo si todas las grandes épocas artísticas no hubiesen sido épocas de libertad, desde los tiempos gloriosos de la Grecia hasta los del renacimiento italiano, desde los de Francia de la edad media hasta los de la España moderna! ¡Cómo si el Arte de todos los pueblos, indios, egipcios, asirios, completamente inútil, etc., no hubiera sido más grande y más espontáneo porque no lo sujetaban cadenas!

Hay que tener en cuenta que la edad de las Iliadas y Eneidas ha pasado y que el artifice ha de hacer su obra al gusto de los tiempos en que vive y no según el gusto de los que fueron. Ya hoy no se piensa, no debe pensarse, ni se viste, como ha miles de años atrás.

Y es lástima que tantos esfuerzos haya gastado el espíritu antiguo para susligar, para execrar el espíritu nuevo, a la nueva literatura tan robusta y grande, con fuerzas propias para vivir y con ideales bien definidos; porque todo será inútil. Ya veremos cómo ella ha de triunfar a despecho de todas las iras del clásico titán enfermo de muerte; ya veremos cómo ella ha de triunfar, la que cuenta con arquitectos sabios y fuertes llegados de los cuatro puntos cardinales, por cuyas venas hierve sangre rica y por cuya frente pasan ráfagas de relámpagos sagrados: Verlaine, Mallarmé, Ibsen, etc.

Señores de la Academia, no neguéis que obráis muy injustamente, que no tenéis razón.

¿Que se engolfan en sutilezas metafísicas y en nebulosidades psicológicas; que trituran el idioma como un potro; que son laberínticos a fuer de ser originales, que son neuróticos y extravagantes y degenerados? Ya, ya, agotad los epítetos. Vosotros querriais que cortaran las alas del ave que aletea en sus cerebros, que pensarán como pensaron nuestros ilustres antecesores, los venerables señores gorilas, que se aprendieran de memoria vuestra jerga de frases hechas, vuestros amaneramientos, y que hicieran figulinas de yeso y no mármoles inmortales; que redujeran el idioma que progresa y se enriquece día a día con nue-

vos giros y nuevas dicciones que interpretan y traducen mejor las ideas, a momia de sarcófago envuelta en fajas.

En cuanto a vosotros que calificáis de *decadente* a todo artista, porque no sabéis el significado de un vocablo o no adivináis la intención en una línea, ni comprendéis un símbolo; en verdad os digo que para vosotros no se ha hecho el reino de los cielos, porque vosotros sois capaces de llamar decadentes a Cervantes y a Hugo.

En conclusión, no se puede llamar a ésta, época de decadencia para el Arte, ya que la ontología clásica ha cedido su lugar al hombre que no se preocupa de realizar la belleza eterna e inmutable de Platón; ya que la obra artística actual manifiesta el carácter y la impresionabilidad de su autor. El Arte convencional, que es la negación del Arte, ha muerto.

Vive y triunfa el Arte personal. Y ya llegará el Mesías más grande y poderoso que los Homeros y los Dantes, espíritu profundamente sintético, todo luz y todo verdad...

Pablo Neruda

Viñetas de luto

(Tomado del libro «Anillos», en prensa).

DESAPARICIÓN O MUERTE DE UN GATO



AMBIEN la vida tiene misterios sencillos e inaccesibles, existen los rumores del granero inacabablemente, el perpetuo acabarse de las nueces verdes y amargas, la caída de las peras olorosas madurando, se reviene la sal transparente, desaparece o muere el gato de María Soledad. Hasta su cola era usada como un instrumento, el color era de retículos negros y blancos, era una forma familiar y animada andando en cuatro pies de algodón, oliendo la noche fría y adversa, roncando su actitud misteriosa en las direcciones de la alfombra.

Se ha escurrido el gato con sigilosidad de aire, nadie lo encuentra en la lista de sol que se comía atardeciendo, no aparece su cola de madera flexible, tampoco relucen sus verdes miradas pegadas a la sombra como clavándolas a los rincones de la casa.

Ahí está María Soledad, con los cuadros del delantal jugando con los ojos a los dedos, pensando en los rincones, preferidos del gato y en su fuga o en su muerte

de la que ella no es culpable, María Soledad a quien también le cuesta vigilar sus ojos anchos. Para los días que dure la ausencia deja de ponerse alegre como si el color del gato hubiera estado anillado con sus risas de agua. En la noche estaríalos estremeciendo el fulgor de la luna, él a los pies de ella, pasarían las rondas de la noche, tocarían las grandes horas solitarias; entonces María Soledad, está más lejos, con esa lejanía de ojos cerrados, pasan campos y países debajan puentes, cielos, no se llega nunca, nunca a fondear tu sueño a ninguna distancia, con ningún movimiento María Soledad, sólo tu gato fulgurece los ojos y te sigue, ahuyentando mariposas extrañas. Ahí está de repente, a la orilla de un viejo mueble, aparece con su pobreza verdadera, con su realidad de animal muerto, entonces estás llorando de nuevo María Soledad, tus lágrimas caen, lagunan al borde del compañero, la sola muerte señala el llanto caído, más allá el balcón de los sueños sin regreso.

TRISTEZA

Duerme el farero de Ilelai debajo de las linternas fijas, discontinuas, el mar atropella las vastedades del cielo, ahuyentan hacia el oeste las resonancias repetidas, más arriba miro, recién construyéndose, el hangar de rocíos que se caen. En la mano me crece una planta salvaje, pienso en la hija del farero, Mele, que yo tanto amaba.

Puedo decir que me hallaba cada vez su presencia, me la hallaba como los caracoles de esta costa. Aún es la noche, pavorosa de oquedades, empollando el alba

y los peces de todas las redes. De sus ojos a su boca hay la distancia de dos besos apretándolos, demasiado juntos, en la frágil porcelana. Tenía la palidez de los relojes, ella también, la pobre Mele, de sus manos salía la luna, caliente aún como un pájaro prisionero. Hablan las aguas negras, viniéndose y rodándose, lamentan el obscuro concierto hasta las paredes lejanas, las noches del Sur alucinan a los centinelas despiertos y se mueven a grandes saltos azules y revuelven las joyas del cielo. Diré que la recuerdo, la recuerdo; para no romper la amanecida venía descalza, y aún no se retiraba la marea en sus ojos. Se alejaron los pájaros de su muerte como de los inviernos y de los metales.

LA QUERIDA DEL ALFEREZ

Tan vestidos de negro los ojos de Carmela, (*Hotel Welcome*, frente a la prefectura) fulguran en las armas del alférez. Su corazón está hecho de cuadrados negros y blancos, tablero de días y noches. Saldré alguna vez de esto, cantan los trenes del norte, del sur y los ramales. El viento llena de pájaros y de hojas, los alambres, las avenidas del pueblo.

Para reconocerla a ella, (*Hotel Welcome*, a la izquierda en el corredor) basta la abeja colorada que tiene en su boca. Un invierno de vidrios mojados, su pálido abanico.

Hay algo que perder detrás del obstáculo de cada día. Una sortija, un pensamiento, algo se pierde. Por enfermedad tenía ese amor silencioso.

Apariciones desoladas, los pianos y las tejas, dejan

caer el agua de invierno de la casa del frente. El espejo la llamaba en las mañanas sin embargo. El alba empuja su paisaje indeciso. Ella está levantándose al borde del espejo, arreglando sus recuerdos. Conozco una mujer triste en este continente, de su corazón emigran pájaros, el invierno, la fría noche. (*Hotel Welcome*, es una casa de ladrillos).

Ella es una mancha negra a la orilla del alférez. Lo demás son su frente pálida, una rosa en el velador. El está boca abajo y a veces no se divisa.

T. L.

A caballo en Solveigs Lied, corazón tatuado a correazos con perfumes y ausencias, ahí está con la mano, apretando avalorios, tristemente extendiendo lazos de infinitos, corre a cazar los pájaros que el alba despierta o despegando sangrientos caracoles de la pared de la noche los atrae al oído y aturden sus altos ecos y tiene el corazón cruzado con un velamen de partida y un ancla de sondeo, él que es mi camarada, grandote, con su sonrisa ancha de compañero querido, lo veo afirmado en un mástil, escribiendo en el suelo sus números de nostalgia, largamente triste, mi amigo con la botella negra y el cuchillo y la soledad que él necesita para sus redes profundas.

Amanece de pronto, él está ahí a mi lado, a mi lado está, va cantando a mi lado los resonantes estribillos o las copas vacías le cortan el semblante, o por lo menos lo veo en su retrato de gala, desnudo el hermoso cuerpo y la visera para arriba, dorado de fuerzas ale-

gres, sin embargo con la tristeza de una cruz negra a la orilla del pecho.

También tiene el alma hecha con cuadrados inmóviles, rompen entonces, teclas repitiéndose, como una carretera de un continente distante, tiene en él las estaciones inconclusas o tiramos al fondo del día conversaciones sin objeto, como las monedas de un país desaparecido. Ahí es donde empieza su corazón a entrenarse, araña de metales nocturnos, jazz band de sonámbulos y una novia enterrada, que es la noche profunda que él la decora con luciérnagas negras, le pongo en la frente una rosa de prisa. Después nos reconocimos desde lejos, dando vuelta un camino, y se trasluce la mano oscura de Pablo entre la mano blanca de Tom, pasan los túneles y el sol las cruza y sus oscilaciones gravitando.

Él y yo, transidos otras veces tumbamos pesadas manzanas, es de noche, es de noche, ahuyenta las misteriosas veladuras del cielo, pero de repente no me acuerdo de cuál de los dos estoy hablando.

OCEANA.

Cómo me costó conformarme, no verte para nunca, y apareció el otoño en el rincón de tu pueblo. Las hojas destrozándose señalan las fechas del abandono. Triste, triste es la soledad. En la puerta estás tú, muñeca de ojos redondos. Buques de minerales doloridos, flor azul amanecida entre brazaletes y restos de naufragio. Bueno, desde lejos te tiro mi ansiedad, aparejada con correas difíciles, quiero que te sorprendas, cuando salga la niña con su novio, al lado de él estaremos fijamente

interesados. Entre nosotros dos un itinerario atravesado de siembras y caminos, me acuerdo de ti. A veces se te aparecía algo detrás de los ojos como una cara pegada a los vidrios en una casa sola. Me acuerdo de ti, seis olmos acorralan tus dedos en ese callejón sombrío. Encantadora como una estrella o un triángulo, trabajas sin duda en ponerle nombre a los días, los guardas en el fondo de tu caja, los envuelves en pañuelos azules que tienen tanto llanto, y el mar es el lejano ribete que ha de transformarlos. Señorita de circunstancias doloridas, tu alma está hecha para el naufragio como la embriaguez de los pilotos y las embarcaciones de papel.

En la mañana, cuando el sueño se hace denso, se pega a los vidrios un tren de rosas de aldea, un tren llegando de los campos, y cuyo humo paraliza el ladrido de los millares de perros. Viene de los campos y se queda allí detenido en la ventana toda la mañana nocturna, con su olor de rosas de los caminos.

SOLEDAD DEL OTOÑO

Con gran pasión las hojas arrastran quejando, los pájaros se dejan caer desde las altas pajareras y ruedan ruidosos hasta el pálido ocaso, donde destiñen levemente, y existe por toda la tierra un grave olor de espadas polvorientas, un perfume sin descanso que hecho una masa por completo se está flotando echado entre los largos directos árboles como un animal gris, pelado, de alas lentas. Oh animal del otoño, hecho de desechas mariposas con olor a polvo de la tierra no-

tándose aún callado en la noche que sube de los agujeros tapándolo todo con su manto sin cesar.

Por la tarde es un capullo frío de donde como negras flores emergen sombras, pasan carruajes triturando el amarillo de las hojas, amarillo lívido de caídas muertas arrastradas quebradizas lencerías, parejas inclinadas en sí mismas que pasan tambaleando como campanas, dirigiéndose hacia esa dirección en que un naipe de metal en monedas descuella sobre la pared. Otoño asustado, vaivén de cosas sin ruido que olfateándose se divierten, de esa manera irreductible por la cual el ciego conoce el terciopelo y la bestia se somete a la noche.

Hasta clavado implacablemente en la atmósfera que rodea las constelaciones, circulas como un anillo largo aventando soledades, trizas de ilusiones, aquellas no ya definitivamente perdidas, porque son las que el viento puede cimbrar, dejar caer a latigazos, flotando entremedio de las montoneras de hojas rotas, sumiéndose en lo profundo de los patios deshabitados, de las alcobas demasiado grandes, llegando a todo inundarlo y a establecerse como no se puede decir qué composición misteriosa en

los espejos, en las ateridas arañas de luz, en los flecos de los cansados sillones ay porque todo eso quiere recobrase hacia su verdadera, ignorada vida secreta y tira a regresar sin sentirse demasiado muerto.

El factor psíquico en la interpretación de la Historia y de la Leyenda

NO hay duda que durante largo tiempo existió lamentable confusión en el estudio y los métodos que se dedicaron al conocimiento del pasado. En realidad, no hubo un concepto claro de la Historia, y las vagas explicaciones que se dieron para prestigiar a esta rama del saber, no impidieron el descrédito ni la fría desconfianza de los doctos en que más tarde se viera envuelta.

Esta desconfianza y este descrédito eran justificados. Me referiré de paso a uno de los aspectos del problema que obligan a considerarlos así: *la falta de crítica*. El trabajo histórico es, antes que nada, actividad crítica; y sólo en el primer cuarto del siglo XIX pudo ésta aplicarse, gracias a los avances de la Ciencia, con la honradez y la severidad profesional de que era menester en los métodos de investigación.

Lógicamente, el fenómeno evolutivo que anoto—y que dió cima a una serie de ininterrumpidos esfuerzos que, sin marcar límite preciso, se venían sumando desde la época renacentista—tuvo que determinar en nuestro siglo un notable aclaramiento de lo que era en lo antiguo y de lo que es ahora en lo moderno el sentido *histórico* de la Historia.

Veamos.

Para el hombre antiguo, la Historia era todo lo que venía del pretérito, con la fianza—en la mayoría de los casos, sim-

plemente cordial—de un prestigio de verdad. El pasado mostrábase a corta distancia como un bloque de piedra macizo y duro. A poco de estirar la mano investigadora se tropezaba con el obstáculo insalvable. Y cuando se creyó divisar algún desfiladero que ofreciese la posibilidad de una incursión a través de lo desconocido, a las primeras correrías no tardó en romperse el límite humano en los dominios de la mitología. Egipto, India, Grecia, Roma, podrían confirmar este aserto.

Es efectivo que tan grandes inconvenientes tuvieron que disminuir, día a día, a medida que la cultura humana iba en aumento. Pero, aun muy avanzada la crítica, pocos hechos lograron sorprender en contra si ellos venían arrastrados en esa ola multiforme de los documentos y de la afirmación rotunda de la tradición. ¡Hubiérase dicho de la Historia de aquel entonces, que más que inquietud para sabios era disciplina para creyentes!

—¿Hay consenso unánime? ¿es un desteñido papel el que lo dice?—preguntaban los eruditos de aquellas parroquias. Y si la contestación fué afirmativa, no había discusión posible. El hecho era insospechablemente verdadero.

Y no hay por qué alarmarse. «Es más cómodo creer que discutir, admitir que criticar, acumular documentos que pesarlos. Y es también más agradable. El que hace examen crítico de los documentos *sacrifica alguno*; lo cual fácilmente considera una pérdida, y *no otra cosa*, el que lo ha recogido». *

Estos defectos que el historiógrafo moderno trata de suprimir, son los que han permitido apreciar un mismo acontecimiento histórico, según el punto de vista que se eligiera, de modo distinto y muchas veces hasta de opuesta manera.

De acuerdo con las observaciones que indico, no me sorprende que haya personas que crean en la vida sobrenatural de Buda como en una cosa comprobada; así como no me admira

* *Introducción a los Estudios Históricos*: C. V. Langlois y C. Seignobos. Daniel Jorro, Editor,—Madrid, 1913.

que, para honra del buen sentido, existan otras que sólo le dan al aspecto taumafúrgico el valor legendario que merece.

* * *

Se desprende de lo dicho que aun subsiste, para infinidad de criterios, un problema de añejo sabor: el que, llevado a solución, demarcó de manera precisa las órbitas de la Historia y de la Leyenda.

Al estudiarse, como simples antecedentes, los escollos que este criterio reaccionario ha opuesto al avance de la investigación histórica a base de métodos positivos, admira, en verdad, la resistencia psíquica con que grupos aislados, y muchas veces colectividades enteras, defienden la vida de los mitos y de las supersticiones populares como si éstas fueran intangibles dogmas de fe.

Resultará beneficioso traer a memoria algunos casos.

Todos reconocen, a lo menos en términos generales, la supremacía de los pueblos meridionales sobre cualesquiera otros, en cuanto ésta se refiera a una mayor exaltación de los sentimientos religiosos. Fenómeno psicológico poco estudiado o simple coincidencia geográfica, lo cierto es que los países mediterráneos dieron más nítidas vidas de perfección a la gloria eclesiástica que todo el norte de Europa reunido. Tierra de santos fueron Italia y Francia, y lo fué, también, en el pretérito, la Península hispana.

Pues bien, en tiempos de Urbano VIII, llegó a Roma, procedente de una de las iglesias españolas, un pedido de los fieles en que suplicaban humildemente al Pontífice bendición apostólica e indulgencia plenaria para los que acudieran a la fiesta de *San Viar*, protector admirable de aquellas comarcas, y de cuyo cuerpo se decían poseedores los piadosos parroquianos.

Indudablemente sorprendido por aquel nombre que no aparecía en el Santoral, y del cual no existían datos en la Casa de Pedro, Urbano VIII ordenó estudiar el asunto. Graves epigrafistas y doctos arqueólogos, entre los mejores del clero español, se de-

dicaron a la tarea admirándose, apenas ésta se inició, de que todas las pruebas sobre la existencia de *San Viar* se redujeran a una piedra colocada en el lugar en que se creía sepultado el santo y en la cual se leía una letra y una palabra: «S. Viar»; caracteres que el tiempo había lamido inmisericorde hasta hacerlos palidecer extenuados en el curioso monumento.

¿Para qué más?

Algún crítico en materias que no son de su amaño habría quedado satisfecho, pero los sabios españoles, examinando hábilmente la vaga prueba en que se apoyaba la leyenda, descubrieron que se trataba de una antigua inscripción, en partes casi enteramente borrada, y en la cual mencionábase a un *praefectu S. VIARum*, o intendente de los caminos públicos en tiempos de la dominación romana. *

Por supuesto que San Viar había realizado, hasta esa fecha, infinidad de milagros...

Ya en este terreno, saben los hombres cultos cómo es de históricamente falsa —y de extendida, sin embargo, con prestigios de verdad— la leyenda esa que sostiene que Isabel la Católica hubo de vender sus joyas para comprar las naves que utilizara Colón en el viaje aventurero que dió por fruto el descubrimiento de América. Saben, también, los que estudian estas cosas, que aun personajes que aparecen como escribiendo libros, son, ellos mismos, de muy dudosa existencia; v. gr., Diógenes Laercio, el «autor» de *Vidas, Opiniones y Sentencias de los Filósofos más Ilustres*.

No agotaré, y no sería posible tampoco agotar en el espacio de un artículo de revista, los mil y mil ejemplos que podría traer a colación en este sentido. Me bastará, para el objeto que persigo, un caso más que pone en claro cómo es de poderoso el factor psíquico en la interpretación de la Historia y de la Leyenda, y cómo es de ímprobo y rudo el trabajo para aquellas personas, que disciplinadas en el respeto a la verdad y a los métodos positivos de investigación, se encuentran de

* Smedt. *Principes de Critique Historique*, Cap. XI, p. 192, París, 1883.

pronto con hombres, o con todo un núcleo nacional, que por un lado aceptan la autenticidad de los viajes de Ulises, y por el otro llaman *ridiculez* al método *analógico* o comparativo; método que, al estudiar una leyenda o un hecho histórico impreciso, busca los puntos de contacto que tenga con otras tradiciones o acontecimientos similares de cualquier país o latitud. Bastaría preguntarles a estas personas: «¿Acaso los símbolos, las leyendas o las interpretaciones míticas del universo no han dado vuelta al mundo?» Pero sería trabajo inútil: no hay fuerza capaz de convencer a un cerebro poco dúctil y por ende supersticioso.

A pesar de lo dicho, el caso a que me voy a referir puede ser útil a las personas libres de prejuicios y que se interesen por esta clase de estudios. Hablo de la leyenda de Guillermo Tell.

Surgía este héroe, en la historia europea, como el libertador de Suiza. Contaba la tradición que el 17 de Enero de 1307, reunidos en la pradera de Grutli, un grupo de patriotas juró independizar los cantones de la dominación austriaca. El golpe debía realizarse más tarde, en la noche del 1.º de Enero. Y es en esa época, precisamente, en que, como decoración soberbia de las montañas, de pie sobre el risco, aparece Guillermo Tell...

Pero Hermann Gessler, el gobernador austriaco, no estaba tranquilo. Algo le decía a su espíritu que estaba cercano el levantamiento del pueblo al cual sojuzgaba. «Para probarlo — escribe el historiador suizo Enrique Zschokke *— y para humillararlo, hizo colocar su sombrero en la punta de una vara, en el país de Uri, y ordenó que todos los que pasaran se inclinasen respetuosamente delante de este símbolo de la autoridad austriaca. Proponíase reconocer por este medio a los enemigos de Austria.

«Guillermo Tell, de Burglen, hábil arquero, uno de los hombres de Grutli, pasó delante del sombrero, pero no se inclinó. Inme-

* Zschokke, *Histoire de la nation suisse* (trad. francesa de Monnard). Chap. XII, cit. por Barros Arana, *Obras compl.* T. 9, pág. 8.

diatamente lo tomaron para conducirlo delante del gobernador. Éste lo apostrofó lleno de cólera. «Arquero temerario — le dijo,—quiero que tu arte te sirva de suplicio. Pon una manzana sobre la cabeza de tu hijo menor: apúntale y guárdate bien de errar el tiro.» El niño fué amarrado: se puso una manzana sobre su cabeza, y se colocó al padre a una distancia considerable. Apunta, parte el dardo, la manzana queda atravesada: el pueblo lanza gritos de contento. Pero Guessler dice a Tell: — «¿Para qué llevas un segundo dardo?» Tell respondió: «Si el uno no hubiese dado en la manzana, el otro habría llegado a tu corazón.»

«El tirano ordenó que se cargase de cadenas a este hombre valiente, y que se le amarrase en el fondo de una embarcación para conducirlo bajo su inmediata vigilancia a Kussnacht. No juzgó prudente encerrarlo en una cárcel del país de Uri, a causa de las disposiciones del pueblo; y por otra parte, los derechos de la nación se oponían a que se le enviase fuera del país, a una cárcel austriaca. Temiendo el agrupamiento de la muchedumbre, el gobernador dió apresuradamente la orden de partida, a pesar de un viento contrario que soplabá con ímpetu. Tan pronto la embarcación parecía bajar a un abismo, como las olas espumosas la llenaban de agua. Los remeros desesperaban de salvarse. Mientras más se avanzaba, más aumentaba el peligro en medio de las inmensas rocas cortadas en escarpe que forman las orillas del lago, y se elevan al cielo como murallas. En el colmo de la desesperación, Guessler hizo quitar las cadenas a Tell, a fin de que por su habilidad salvase la embarcación. Este se dirigió hacia el costado desnudo del Axember, donde una roca en forma de meseta avanza sobre el lago. Allí se lanza a tierra, e impulsa de nuevo la embarcación con el pie. Tell queda al abrigo de todo peligro; Guessler, a merced de las olas.

«Escapado del peligro, trepa la montaña y se salva en el país de Schwytz. Triste y pensativo, se decía: «¿Dónde huir de la cólera del tirano? Si me escapo, mi mujer y mi hijo le servirán de rehenes. ¿Ante qué tribunal podré citar a Guessler?»

El rey mismo no escucha los gritos del pueblo. ¡Pues bien! Ya que las leyes no tienen autoridad, ya que no hay justicia entre el opresor y el oprimido, nosotros dos, Guesler y yo, estamos fuera de la ley. Nuestra única ley es la necesidad de defenderse. Si es necesario que mi mujer, mi hijo y mi patria perezcan inocentes, o que tú mueras cargado de crímenes, muere, tirano, y que la libertad reviva!»

«Animado por estos pensamientos, y armado con un arco y una flecha, Tell vuelve hacia Kussnacht y se oculta en un camino extraviado. El gobernador pasa por allí cerca: la cuerda vibra; la flecha de un hombre libre va a herir el corazón de un opresor.

• «Al saberse esta noticia, se esparcen rápidamente el terror y la alegría. La acción de Tell inspiró el valor.»

¿No es, acaso, una hermosa historia? Y, sin embargo, no es *Historia*, sin que por eso deje de ser la más bella de las leyendas...

Distribuidas las objeciones, principia por constatarse la ausencia absoluta de todo testimonio contemporáneo. La crónica más antigua que habla de este héroe fué escrita a fines del siglo XV, por los años de 1482. Con anterioridad, dos cronistas del mismo siglo, que se refieren a los abusos de la dominación austriaca con notable minuciosidad, «no mencionan el nombre de Tell, ni hacen la menor alusión a sus hazañas o a su existencia. En la crónica de Zurich de 1479 no se halla referencia alguna a este respecto» *.

La cronología y la geografía hablan, también, en contra de la historicidad de la tradición. «Si alguien quisiera estudiar esta pequeña Odisea, siguiendo un mapa, dice uno de los críticos, se encontraría tan embarazado como si se tratase de seguir las pistas a los héroes fantásticos de los viejos libros de caballerías» **.

Siguiendo el método *analógico* (de cuya existencia el señor Correa Pastene debe saber poco), la crítica histórica se fué en busca, asimismo, de las leyendas similares que corrían por el mundo,

* Barros Arana: *Una ilusión menos*. Ob. Comp. T. 9, p. 13.

** Barros Arana: *Art. cit.* Ob. Comp. T. 9, p. 15.

llegando a la postre a conclusiones como esta: «El hecho capital de esa historia (la de Tell) es la simple reproducción, ligeramente modificada, de ciertos sucesos verdaderos o inventados que refieren las más viejas crónicas *del norte* de Europa». *

Todavía existe un argumento etimológico: *Toll*, en alemán, quiere decir temerario; y *tellum*, en latín, significa dardo...

Está demás decir que los suizos defendieron durante largo tiempo con brío singular la historicidad de la leyenda. Cuando, en 1760, Uriel de Freudenberger publicó en Berna, en forma anónima, un libro titulado *Guillaume Tell, fable danoise*, provocó en el país grande alboroto e irritación, hasta verse obligado el gobierno del cantón de Uri a quemar aquellas páginas por la mano del verdugo, pidiendo, al mismo tiempo, al Senado de Berna la cabeza del autor, Freudenberger. «Guardó tan escrupulosamente su secreto, escribe Barros Arana, que en nuestro tiempo se han necesitado grandes trabajos de erudición para llegar a descubrirlo». **

A pesar del aspecto supersticioso que presenta, debo confesar que resulta conmovedora esta inconsciente fidelidad de los hombres, por los buenos cuentos que aromaron los primeros sueños de su infancia. Ya lo dijo el poeta:

And, after all, what is lie? Tis but
the truth in masquerade; and I defy
historians, heroes, lawyers, priests, to put
a fact without some leaven of a lie. ***

Paradójico o no, hay quienes batirían como una bandera este desafío del escéptico inglés.

* Barros Arana: Art. cit. Ob. Comp. T. 9, p. 15.

** Barros Arana: Art. cit. Ob. Comp. T. 9, p. 12.

*** Byron: *Don Juan*,—Canto XI—Stanza 37.—«Después de todo, ¿qué cosa es una mentira?—No es otra cosa que la verdad enmascarada.—Y yo de sañío a historiadores, héroes, abogados o sacerdotes, a presentar un hecho sin los reales de la mentira.»

II

Don Misael Correa Pastene, hablando de *Las fiestas nupciales en Venecia*, en un número anterior de esta revista, escribe lo siguiente: «Ningún historiador podrá fijar la fecha en que principia esta fiesta llamada de *Los novios* o «delle Marie» porque... *ninguna costumbre nace de un edicto o acto público de que se tome nota en los archivos*».

Estoy de acuerdo con el señor Correa en la última proposición—lo prueban mis artículos anteriores sobre este mismo tema;—en lo que no estoy de acuerdo es en que el cuento de «las fiestas nupciales» sea histórico, como no lo es tampoco el de «las Nupcias del Dux con el Adriático».

El argumento en contra lo tiene el señor Correa en el mismo libro del cual obtuvo conocimiento de esta leyenda, que dice de ella, textualmente, que «fue fundada más bien sobre tradiciones legendarias que sobre un hecho histórico a prueba de crítica y documentación».

Y termino esta ya larga polémica, sintetizando mis observaciones en tres puntos:

1) Don Misael Correa Pastene no puede citar un solo testimonio de historiógrafo contemporáneo de prestigio, que sostenga el origen que él viene dándole a la ceremonia de las nupcias del Dux con el mar Adriático;

2) Que, tanto esta ceremonia, como las realizadas en «las fiestas nupciales», son de origen legendario;

3) Que ambas ceremonias tienen similitud con otras celebradas en países y épocas diversos, lo que ha inducido a la crítica histórica a efectuar el trabajo «comparativo» de rigor.

Aquí debería poner mi firma; pero debo una explicación a los que leyeron el artículo del señor Correa a que me he venido refiriendo. Son efectivas—aunque sin ningún mérito desde el punto de vista de las pruebas,—las citas que hizo el señor

* Errázuriz Urmeneta: *La Ciudad de los Dux*, pág. 207 Roma, 1917.

Correa al hablar de «las bodas del Dux con el mar». La edición que tengo de la Historia de Daru es la primitiva, en siete tomos, y que se publicó con el título de *Histoire de la Republique de Vénise*, por Fermín Didot, «imprimeur du Roi, et de l'Institut», Rue Jacob N.º 24, París.

Los que quieran darse cuenta de la pobreza informativa de Daru sobre la leyenda en cuestión, pueden consultar en la edición citada el tomo I, página 216.

Creadora



UN vaso de cristal, finísimo, canta en mí las bienaventuranzas:

Pequeñito aún, día por día siento cómo se dilata, acentuando la elasticidad combada

de mi vientre.

Cierro los ojos para mirar lejos y saber de qué delicada transparencia está formado.

Tan frágil lo imagino, que, miedosa de trizarlo, evito hasta el temblor que me sacude a la idea de su fragilidad.

Cuando lo tenga entre mis manos sentiré el recogimiento que me petrificaría si me encontrara frente a Dios.

Sosteniéndolo seré un espigado candelabro de hierro que se empina hasta olvidar las nubes para ofrecer al cielo su tea maravillosa.

Más contemplativa, más miedosa, más niña, observo con religiosa quietud cómo se opera el milagro. Cada una de sus contracciones me estremece. A veces me sorprendo de puntillas con esa respetuosa curiosidad de las criaturas ante un lindo juguete con dueño.

Vivo de rodillas en un fervoroso deseo de encontrarme. Así la entrega será más completa y podré verme en él como si estuviera a solas.

Para mirarme los ojos no precisaré de espejos. Tendré mi fiesta de Otoño en el verde y oro de sus pupilas, más absortas que tristes, dilatándose de asombro frente a cada visión desconocida.

Para mirarme la tristeza no buscaré la soledad. A través de mi carne una constelación de estrellas ha nevado sobre su rostro. Su animación gritará mis alegrías.

Contrabandista de infantil ternura, celosa de mi tesoro, viviré esquivándome como un lobo de mar entre las rocas más lejanas.

Un soplo de divinidad se habrá congelado entre mis dedos.

Podré decir: El mundo es ancho. Pero cuando mis ojos, extraordinariamente abiertos quieran recoger su amplitud, verán que se empequeñece la visión y la distancia se encoge hasta volverse una nebulosa miniatura dentro de mi retina.

Podré decir: Mi espíritu cabe en el infinito. Pero cuando mi espíritu se pliegue como una magnolia bajo el sol, para dejarle un hueco inmenso, se contraerá el espacio y sentiré que no hay luz bastante para iluminar su vida.

Y en un círculo tan limitado ¿cómo
depositar el vaso de cristal fin-
ísimo que canta en mí las
bienaventuranzas?

Tomás Lago

La noche

Del libro «Anillos», próximo a publicarse.



NTONCES yo callaba como un muerto. Era la noche, la noche alta y profunda con su ruedo ultramarino, el calor de mi corazón vehemente y también la angustia, a veces, ante su magnitud. Ahora otra vez es lo mismo, he aquí mi propósito descubierto, oh poetas, y yo canto, cantad, cantemos.

Oh noche, depósito de altas aguas contra las estrellas te apartas. Hoy me toca salir, como en la mayor distancia pienso en el mediodía altísimo, pecíolo de climas contiguos al otro lado del mundo. También a la media noche, cuando son las doce, el reloj da muchas campanadas, se apaga el fósforo de los incendiarios indecisos, está muy alta la victoria nocturna, mece el viento las hojas azules, cayendo van las blancas flores sobre los tallos de luz que arrojan los automóviles metropolitanos.

Canta o enumera la disposición de la noche, es lo mismo para tu ánimo desencantado, una luminaria a la

orilla del mar, siempre es el resto de una empresa sin fortuna, un amor desgraciado tiene esa comparsa de luces en la frente, junto a la Cruz de Rifo, mi corazón lo recuerda y hoy lo dice con triste acento. Entre mis oídos, gira el profundo ruido subterráneo, ascienden los verdes fuegos, hasta la raíz de mis cabellos baja el frío lineal desde la altura donde el profundo azul se agrupa.

Hay coronas en relieve, brillantes, esmeraldas sangrientas y las esferas terminales comienzan su transparencia de cisterna profunda, oh noche, gigante noche, que aumentas siempre ante mi corazón que disminuye. En lo hondo de tu cauce originario, tiemblan desvanecidas unas rosas de fuego y tu círculo flotante atornillado a mis ojos abiertos, deriva a lo largo de su orilla infinita. Es el mismo sonido numeroso, la obscuridad húmeda, la caída universal de la noche. Entonces en mi memoria nace un tiempo anterior, una historia cualquiera desfavorable: yo era el jefe de los expedicioneros perdidos y a esta hora, me degradaban cuando bajo la vía láctea trasversal, entorchado de lágrimas sobre mi pecho, iba huyendo con mis partidarios. Está todo, lo reconozco lo mismo, también el viento frenético allá lejos, apacigua el color del lucero. El fragor de la corriente, la vegetación repartida y los lejanos cantos, mi situación frente al recuerdo. Se dobla el pitazo vertical de los trenes en fuga, es el grito aludido contestándose a sí propio lo que dijo.

Vértigo de las efemérides veloces, a esta hora justamente se cumple el centenario de todo un tiempo transcurrido, es la noche cargada de promesas y angustia,

abundante, ebria de predominio, su leche metálica y la electricidad de sus ojos de insecto alimentan un deseo desmedido. Pero ya ni eso cabe en ella, completa como está y luego yo estoy desanimado. Que el viento próspero trabaje a lo lejos bruñendo las estrellas de regreso, el peligro pestañaba al lado de mi gran sombra yacente, todo está bien, tendidas se inclinan las llamaradas de los roces del Sur y los disparos de las patrullas en los pueblos, quedan temblando como los estambres en la flor.

Yo que quise cantar la noche entera, sólo dije mi sencillo nombre. Ahora sí, dueño de mi atención, niego la existencia de su último fuego perceptible, centinela perdida que inmoló mi voluntad. Allí puse el olvido. Eso es cantar me decía, abrazando su repertorio de estrellas distintas. He aquí mi captura, mi alma cazadora que recupera el porvenir frente a un salto futuro. Siempre hay estrellas brillantes, percha de clavos de oro y luces pasionarias, el que olvidó su promesa hoy la recuerda y entonces un hombre de rostro placentero es quien canta con voz llena, bajo el alto campamento: la noche cuadriculada de azahares, la larga noche austral en la inocencia de sus tesoros descubiertos. Pero más tarde, allá donde termine mi ambición territorial el alba entreaire su ventana y liberta sus palomas ateridas.

Es el día desnudo que dos noches
deben emboscar entre sí.

Hombres, ideas y libros

Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset

UOSE María Salaverría, escritor y periodista español, es una figura literaria de relieve escaso. La lista de sus publicaciones comprende no menos de una veintena de volúmenes. En ellos hay ensayos novelescos, dramas, artículos periodísticos y páginas biográficas. Su género predilecto es el periodismo. Por temperamento, sin duda, a la vez que por interés crematístico. En el prólogo de su último libro, «Retratos», Salaverría nos dice cuál es el inmenso influjo de la prensa sobre la literatura. Toda ella, en los días actuales, se encuentra teñida en cierto modo con el color especial que el periodismo le impone.

De este libro reciente de Salaverría tentaremos dar un pequeño resumen en estas líneas. Está compuesto por cinco artículos dedicados a Regoyos, el pintor español ya fallecido; a Baroja, a Unamuno, a Ortega y Gasset y a Emilio Bécher. Un prólogo y un epílogo, llenos de consideraciones agudas que darían seguramente pie para más de un comentario de actualidad, completan la obra. Veamos entretanto lo que Salaverría nos dice de Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset. El autor es amigo personal de cada uno de estos escritores, y por eso su relato tiene el carácter animado y vivo que fluye de la impresión directa. Junto a ellos Salaverría ha vivido muchas horas de entusiasmo, de agitación, de frenesí. No comulga con todas y cada una de sus

ideas, pero eso no resta efusión a su amistad ni hace palidecer el tono que reviste su obra.

Respecto de Baroja hallamos en «Retratos» una pintura harto feliz de la casa familiar del novelista vasco. La familia Baroja es una unidad perfecta, con una fuerza íntima considerable que amalgama en ideales de cultura y de arte a todos sus componentes. En ese hogar han sido acogidos muchos escritores, artistas y hombres de ciencia de España y del extranjero, con el cariño cordial que se dispensa a los amigos de siempre y a los que llevan algo de la propia sangre en las venas. Pío Baroja y su hermano Ricardo, el padre de ambos, don Serafín, y su esposa y su hija, son los miembros de ese organismo sano, efusivo y cordial.

Pío Baroja, el novelista que ha escrito páginas tan recias, es un hombre doméstico y bondadoso que hace una vida hogareña. De cuando en cuando, es cierto, hace un viaje por algún viejo rincón de España o llega hasta las márgenes del Sena a comprar libros viejos a los *bouquinistes* que inmortalizó Anatole France. Pero sus ausencias son breves. Salaverría dice que el novelista vuelve como un gato regalón a gustar nuevamente del calorcillo dulce de la chimenea y de la compañía grata de los suyos. Durante algún tiempo, Baroja tuvo cierto prestigio de sér aventurero. Algunos llegaron a atribuirle ideas disolventes y antisociales. Sus obras literarias de cierta época y especialmente su serie de novelas titulada «Memorias de un hombre de acción», que relata las hazañas de su antepasado Avinareta, le habían dado esa aureola peligrosa. «Temperamento exuberante — dice Salaverría —, rico en fantasía, fértil creador de personas de novela, perspicaz y agudísimo ingenio, que sabe descubrir los innumerables y para otros inexistentes matices de la vida; ágil y penetrante psicólogo, Pío Baroja es lo contrario del hombre de acción. Es el tipo del escritor sedentario por naturaleza y necesidad. Le intimida la acción, sin duda porque su instinto le dice que, en el fondo, la acción siempre supone dolor. Y Pío Baroja es el hombre que más se amedrenta frente al dolor.»

Tal es el escritor que ha sabido fijar en muchas páginas de novela algunas imágenes representativas de la literatura española. Puede decirse que el personaje de Baroja, uno en todas las novelas que han salido de su pluma diligente, es más o menos lo mismo que su secundo creador. Salaverría le define así: «Por las novelas de Baroja pasa casi siempre una persona central, el héroe, tipo obsesionante que varía de nombre y de lugar, pero no de estructura interior. Ese hombre barojiano, lleno de espíritu de Nietzsche, aspira a una enorme y exaltada vida de acción, a un éxito como satánico.» En efecto, no puede negarse que esa es una definición justa del héroe de Baroja. Ese hombre, a pesar de la potencia de su ensueño, fracasa en la realidad. Trata de vivir conforme a sus instintos, convencido sin duda de que fuera del instinto están el dolor y la muerte; trata de olvidar la tradición y el prejuicio; trata de ser grande y de modelar a su manera su ambiente. No lo consigue. De allí proviene «la especie de desolada tristeza que rezuman los libros de Baroja».

Salaverría no olvida en su ensayo algún breve inciso de reparos a Baroja. Le reprocha al novelista vasco su desaliño, su falta de compostura, su frecuente y sin duda deliberado olvido de la sintaxis, de la gramática, de la retórica. Si hubiese puesto algún mayor cuidado para escribir sus obras, nos dice, ellas le habrían procurado mayor gloria y se contarían de seguro entre las pocas que nuestra época legará al futuro. Sus libros están algo desencuadrados, en lo que se refiere a la estructura, a la ilación, al juego activo de la vida que por ellos circula, vehemente y atropellada. Reducidos a lo esencial, limadas sus asperezas, recompuestos, serían obras admirables porque tienen todas las cualidades para serlo.

En síntesis, veamos lo que Salaverría nos dice de Baroja: «Pero si nos detenemos en lo externo y episódico, en la arquitectura de sus libros, en sus paisajes, en sus diálogos, en su modo de decir general, entonces estamos obligados a confesar que tal vez no hay en la literatura española contemporánea un autor más divertido, de tanta graciosa y positiva amenidad, de tan original y acendrado humorismo.» Nadie que conozca a

Baroja en la extensa variedad de su obra, dejará de reconocer que el juicio de Salaverría es acertadísimo.

A continuación el autor se ocupa de Unamuno, el estridente ex Rector de la Universidad de Salamanca, desterrado por la monarquía española. No lo hace con simpatía íntima, como con Baroja, sino con cierta manera de contenida animadversión. Tal vez eso mismo le preste cierto vigor polémico y cierta acuidad de visión que hacen de este ensayo uno de los más interesantes del volumen, imposible de dejar de leer hasta su última línea. El cuño especial que Unamuno ha sabido dar a su figura personal y literaria, pasional personalidad de batalla, y su denodado combate contra ciertos hombres e instituciones, no son del todo gratos a Salaverría. «Unamuno—dice—es en el fondo un hombre de contextura antigua, sencillamente reaccionario por sus ideas más personales e íntimas, por sus gustos y su educación y aún por su raza.» Y luego escribe: «Unamuno estaría perfectamente situado en el siglo XVII, la época del barroco, el conceplismo, los autos sacramentales y las alambicadas controversias sobre puntos de fe católica.»

No es esto todo; Salaverría acierta a definir en unas cuantas palabras, de una admirable precisión, un aspecto que es primordial en la personalidad de Unamuno. Oigámosle: «Ese pudor que nos hace reservar ciertas ideas y que nos veda el referirnos a ciertos pormenores, acaso vergonzosos, de nuestra flaca naturaleza personal, ese pudor no existe en Unamuno. Si la palabra obscenidad no tuviese una aplicación tan restringida a determinadas partes de nuestro cuerpo, y no fuese de un sentido tan vejatorio, diríamos que Unamuno es un hombre obsceno. Le gusta desnudarse moralmente ante el público y mostrar sus vergüenzas psicológicas al aire, con una extraña sensualidad exhibitiva.» No habíamos hallado aún una síntesis tan poderosa del talento y de la manera unamunescos. Artículos, ensayos, novelas, versos de este escritor son siempre una sola y misma cosa: la revelación de su autor en todas y cada una de sus peculiaridades, aún las más íntimas y personales, las que cada hombre vela cuidadosamente. Hace algunos años un escritor

español, que firmaba con el seudónimo de Julián Sorel, escribió un libro disolvente respecto de Unamuno. Decía en él, con más detalle, por cierto, y con una animosa inquina que no se halla en el libro de Salaverría, muchas de las cosas que se leen en este «Retrato». Pero a lo largo de sus páginas no encontramos un juicio tan acertado como el que nos ofrece en unas cuantas líneas Salaverría.

Hay más aún en el ensayo de éste. Su definición del estilo de Unamuno—que Araquistain en su obra «Las columnas de Hércules», calificó de visceral;—sus alusiones a los plagios de Unamuno, analizados en su mecanismo erudito; su estudio de las pretensiones poéticas del autor de «Paz en la guerra», son otros tantos aciertos plenos. No restan, por cierto, grandeza a Unamuno, cuya varia inteligencia, profunda cultura y purísima vida personal nadie podría sin riesgo tratar de disminuir. Pero nos limitan la figura de Unamuno con un cerco férreo que no debemos perder de vista.

El artículo dedicado a Ortega y Gasset debe merecernos una mención especial. El reciente libro de Ortega y Gasset, «La deshumanización del arte», ha sido origen de numerosos artículos de prensa que han visto la luz hace poco en las páginas de nuestros diarios. Ciertas personas han presentado en ellos las más peregrinas y absurdas interpretaciones de las doctrinas estéticas expuestas por el autor de las «Meditaciones del Quijote». A fuerza de ser indoctos y faltos de sentido, a fuerza de estar concebidos con ligereza y escritos con los pies, tales artículos han tocado las lindes de la irreverencia. Nos parece un colmo de osadía tratar de buenas a primeras, sin conocimiento cabal de ciertas cosas, a Ortega y Gasset como a un escritorzuelo lugareño a quien pudiéramos hallar en el tranvía y con quien pudiéramos frecuentar un restaurant de moda. Reprocharle a Ortega y Gasset el uso de algunas palabras nuevas; discutirle sin razones atendibles sus puntos de vista sobre el arte nuevo; bordar en torno a su obra algún comentario frívolo y sin gracia, no alcanza a ser irritante. Es sólo ridículo.

Ortega y Gasset es el escritor de cultura más firmemente

estructurada que hay actualmente en España, nos dice Salaverría y nos lo prueba cada una de las obras de aquél. Su juventud y gran parte de su edad madura las ha pasado este hombre estudiando filosofía en las Universidades alemanas. Los mejores maestros de tales disciplinas han sido sus maestros. Mejor armado que nadie llegó a la república literaria. «Desde el principio—escribe Salaverría—ejerció una atracción verdaderamente inaudita.» «Todos quedaban—agrega—en posición su balterna junto a él, y esto sin que él hiciera ninguna maniobra de arribista, de trepador: naturalmente y como sin proponérselo, al modo del prócer que por derecho de estirpe se erige sencillamente en cabecera.» Su talento, su estilo, su manera de ver las cosas, hállanse contagiados, para Salaverría, por el mismo carácter. Son «absolutistas», porque el autor de «Las Atlántidas» es una especie de emperador de la inteligencia española, que acrecienta y fomenta con iniciativas y trabajos de toda índole.

Salaverría lo define en unas cuantas palabras: «En lo más avanzado y eminente de un campamento—escribe—suele haber un oficial investido de la grave misión de vigilar los alrededores y escrutar las lejanías. Tiene catalejos de largo alcance para interrogar el horizonte, y por la noche enfoca su poderoso reflector hacia el fondo de la tiniebla. Ningún ruido se le escapa. Todo indicio de movimiento, todo cuanto se agita en torno con un mínimo indicio de transcendencia es atrapado por la vigilancia siempre alerta del observador.» Y luego: «José Ortega y Gasset es ese observador vigilante dentro de la actual cultura de lengua española.»

Cierto es que Salaverría achaca luego a esta característica esencial de Ortega y Gasset alguna consecuencia perniciosa que asoma en su obra. Es cierto afán de novedad que la hace resentirse, en su opinión, de alguna flaqueza. Pero sea como quiera, este retrato de Ortega y Gasset tiene puntos singularmente atractivos que al lector atento de la obra del pensador español no podrán escapar. Salaverría lo ha escrito con respeto y con cariño, sin asomo alguno de envidia o de rencor.

Militan ambos escritores en campos diversos, en lo que se refiere a la política y a las ideas literarias, fuera de otros aspectos que tocan a la cultura y a la religión. Pero Salaverría no puede menos de reconocer el inmenso valor que tiene para España este joven pensador que ha sabido lograr en tan breve tiempo una obra tan segura y firme. Sus elogios a la elocuencia de Ortega y Gasset, a su estilo; la narración del triunfo fulminante, pero como ninguno sostenido, del autor de «Personas, obras, cosas», constituyen un reconocimiento bastante claro de la grandeza de Ortega y Gasset.

Tal es el libro de Salaverría: libro fecundo en enseñanzas, libro rico de vida, vario, insinuante, amenísimo, que logra presentarnos a su autor como un admirable conocedor de muchos aspectos de la vida y de las letras. Hasta ahora de ninguno de los suyos había podido decirse con tanta justicia que merecía el dictado de grande. En «Retratos» la sinceridad, el talento expresivo han logrado darnos una obra madura que debe conquistar para su autor un triunfo de considerables proporciones.

RAÚL SILVA CASTRO.

Ante el peligro

Y qué hará México? ¡Y qué ha de hacer México sino capitular! Esta primera batalla tenemos que perderla los pueblos de nuestra habla. Lo importante es que aprendamos de la derrota misma el secreto de la victoria anglosajona: *Fas est et ab hoste doceri*, decían los latinos. Del enemigo, el consejo, traduce el pueblo nuestro. Hay quien cree que la batalla de América está perdida para todos los pueblos latinos. Hay quien opina que sólo se perderá hasta el Canal de Panamá. Pero yo creo que si aprendemos la lección, no se perderá nada, ni Puerto Rico mismo. Ya sé que los Estados Unidos son un árbol gigantesco que va extendiendo sus raíces por donde encuentra tierra fresca. Pero si somos hábiles esas raíces se volverán a la tierra norteamericana, a Dios gracias lo bastante amplia y rica para proveerlas de cuanta savia necesiten.

Con lo que quiere México, todo español, todo hombre de buena voluntad tiene que estar de acuerdo. México quiere que no sirvan sus propias riquezas naturales para someter el país al extranjero. Pero el método con que México ha querido realizar su voluntad es demasiado sencillo para que se pueda confiar en su eficacia. Ha promulgado una Constitución que establece la nacionalización de la riqueza. Más de cincuenta años nos ha costado a los españoles nacionalizar, en el sentido mexicano, nuestros ferrocarriles. Peseta a peseta hemos rescatado en medio siglo la mayor parte del capital ferroviario. ¿Habríamos necesitado tanto tiempo de haber podido arreglar este negocio con un artículo de la Constitución? El Gobierno de Wáshington ha declarado ya que no lo acepta. Los ciudadanos norteamericanos, que

poseen en México explotaciones petroleras contarán con la protección de su Gobierno, en su resistencia a la ley mexicana, que los obliga a enajenar sus propiedades o a adoptar la nacionalidad del país donde sus bienes radican.

México es la frontera y el símbolo de toda la América española. ¿Podrá ésta defender su independencia económica con leyes que nacionalicen sus riquezas? Quizás la pueda defender contra España, quizás contra Europa, porque para eso la protege la doctrina de Monroe, pero no contra el país de Monroe, a menos que no lo consienta el Gobierno de Washington, y Washington, por lo visto, no quiere que se expropie a los capitalistas norteamericanos, sin la indemnización a que tienen derecho. Rusia ha podido expropiar a los acreedores e industriales extranjeros, sin indemnizarlos, gracias a que es militarmente inconquistable. Tampoco no es tan inaccesible como Moscou. Pero tampoco Rusia ha realizado impunemente «la expropiación de los expropiadores». Al cabo de una década de hambre ha caído ya en la cuenta, en el último Congreso comunista, de que la alternativa al capitalismo no es el socialismo sino la miseria.

El ogro del tiempo no cesa de destruir capital. Las casas se caen, las máquinas se gastan, las tierras se inundan, los hierros se oxidan, los caminos se agrietan. La mera conservación de las riquezas existentes, sin contar con la necesidad de acumular recursos para preparar el trabajo de las generaciones venideras, exige una incesante creación de capital. El Estado no sirve para ello. El Estado no sirve sino para consumir los recursos que el ahorro particular concentra. Y mientras el Estado no muestre para hacer dinero la misma capacidad que revela para gastarlo, ¿no es cándido imaginarse que pueda sustituir a la propiedad privada en la función de crear los capitales necesarios? El socialismo no es alternativa al capitalismo. O se tiene dinero o no se tiene. Esta es la verdadera alternativa. Y la carencia de dinero es la miseria.

Todos los pueblos hispanoamericanos están faltos de capital. Todos han acudido en su busca a las bancas norteamericanas. Todos deben dinero a los Estados Unidos. Ello no debiera ser

así. No necesitaba ser así. En todos los pueblos hispanoamericanos hay grandes riquezas, que han podido explotarse, en buena parte, con capitales hispanoamericanos, si no se hubieran consumido inútilmente estos capitales en París. En su libro *El nacionalismo continental* dice don Joaquín Edwards Bello que los negocios chilenos no prosperan tanto como los norteamericanos porque Chile es país pequeño, mientras los Estados Unidos lo son grande. El ideal continental del señor Edwards es también el mío. Lo único que quisiera es que lo agrandase hasta incluir al Portugal y a España. Pero el tamaño de la nación no va a reformar por sí solo el carácter de los hispanoamericanos. Los holandeses no han necesitado constituir un gran Imperio para ser una de las grandes potencias financieras del mundo.

La defensa eficaz de los pueblos hispanoamericanos consiste en constituir capital propio. Esta es la verdadera alternativa al capitalismo norteamericano. No se improvisa. Requiere tenacidad, constancia, privaciones, ahorro, inteligencia, austeridad. Probablemente necesita, como condición previa, una reforma del carácter. Si quiere el señor Edwards que le defina en qué consiste la diferencia fundamental que existe entre un anglosajón y un hispanoamericano o un español, le diré que para los mejores de nosotros el dinero no pasa de ser nunca una comodidad, mientras que para los mejores de los anglosajones es también un deber. Desde luego que el inglés o el norteamericano no es tampoco remiso para apreciar los placeres que con el dinero puede procurarse. Pero esta es la añadidura. Lo característico no es eso, sin embargo, sino que mira el dinero como sacramento, como signo de gracia, por creer que el favor divino generalmente se conoce en la prosperidad del que lo recibe.

Esta teología no necesita interesarnos. Una cosa hay en ella de verdadero. El dinero es poder, y el poder no es meramente conveniencia, sino deber. Pero si ello es exacto, no ha menester el señor Edwards de otra explicación para comprender la superioridad de los anglosajones. Nuestra conducta no es sino

el resultado de nuestros juicios de valoración. Si creemos que la vida mejor es la contemplativa, daremos a los conventos nuestras almas mejores. Si pensamos que no hay nada mejor que imponer violentamente nuestra voluntad a los demás, seremos revolucionarios. Si juzgamos que la idea del deber es una barrera que no necesita detener más que a los tontos y que el dinero es el supremo bien, trataremos de enriquecernos de cualquier manera, aunque sea empobreciendo a los demás. Pero si entendemos que el deber y el dinero se unen en alguna forma, más o menos clara, de tal suerte que el dinero que se hace malamente no aprovecha, y que tampoco se cumple el deber cuando se descuida la obligación de enriquecerse, a menos que la impida un deber superior, como la ciencia, el arte o el servicio social, entonces procuraremos unir en nuestro ideal la economía y la moral, y si este ideal se ajusta a la naturaleza de las cosas nos conducirá al triunfo, de la misma manera que un ideal equivocado nos llevará al desastre.

La defensa de la América española está en crear capital propio; pero para ello ha de cambiar su tabla de valores.

RAMIRO DE MAEZTU.

(*El Sol*, Madrid).

NOTICIARIO

Noticias literarias de Francia



EDERICO Lefèvre ha consagrado el prestigio de Andrés Maurois, que cuenta pocos años pero que es ya bastante poderoso y extenso. En efecto, ha escrito un libro acerca de Maurois que contiene todo lo que puede pedir el lector curioso para informarse sobre el autor de la «Vida de Shelley», dada a conocer al público de *Atenea* por Hernán Díaz Arrieta el año antepasado.

El libro de Lefèvre contiene primeramente una parte biográfica, que nos ofrece bastantes detalles sobre Maurois. Nacido en 1885, en Elbeuf, de una familia de industriales, hizo sus estudios en Ruán. En el liceo de esta ciudad tuvo buenos profesores que le hicieron entrar en las letras y en la filosofía a una edad en que muchos niños piensan sólo en jugar y pasar el tiempo. Chartier, admirador de Balzac y de Stendhal, fué uno de los más destacados maestros de Maurois y de él conserva éste un recuerdo gratísimo.

Terminados los estudios, abandonado a sus propias fuerzas por su familia, Andrés Maurois se dedicó a la industria. Durante diez años, en el pueblo natal, estuvo a cargo de una usina, lo que no le impidió conservar sus anhelos y ambiciones de escritor. En este tiempo hace su primer volumen, una colección de cuentos escritos entre los dieciseis y los veinte años. Cuando corregía las pruebas, Maurois siente que esa obra no merece ser impresa y hace distribuir la composición. Mucho tiempo ha pasado desde aquella pequeña aventura. Ahora el autor

conserva, además del recuerdo, diez pruebas de aquellas páginas de juventud.

Durante sus años de industrial Maurois leyó muchos libros, tanto de literatura como de filosofía. Buen lector, hace extractos, guarda citas y referencias y en breves notas expone su propio pensamiento. Más tarde el escritor toma parte en la guerra, y en su cartera va anotando cuidadosamente lo que ve y oye en las trincheras. En 1918 Grasset publica el primer ensayo novelesco de Maurois, titulado «Los silencios del coronel Bramble», relato de la guerra junto a los ingleses.

1918 puede ser considerado como el comienzo de la carrera literaria de este escritor. Ocho años han pasado desde entonces y su lista de obras cuenta ya con otros tantos libros, de los cuales cada uno ha sido un éxito en su género. «Ariel o la vida de Shelley» es el más conocido, el más divulgado, el que atrajo hacia Maurois la atención de muchos miles de lectores de todo el mundo.

El libro de Lefèvre nos ofrece, después de las notas biográficas y bibliográficas aludidas, opiniones de Maurois acerca de numerosos puntos literarios, artísticos y críticos. En ellas el autor no teme decirnos claramente cuál es su apreciación de la obra de muchos escritores contemporáneos. Los hermanos Tharaud, Péguy, Bernanos, Daudet, Freud son los objetos de varias conversaciones entre Lefèvre y Maurois. Pero no es sólo eso. Maurois, hombre de pensamiento, no vale menos que Maurois novelista. Su explicación de las vicisitudes de los franceses en lo que va corrido del siglo tiene el mérito de un sistema moral e histórico, esbozado sólo pero no por eso menos valioso.

Tal es, en breve síntesis, el contenido del libro de Lefèvre, integral revelación de Andrés Maurois, novelista y ensayista en quien Francia cuenta con uno de sus más sólidos prestigios.

* * *

Marcelle Auclair, colaboradora de *Atenea*, ha contraído ma-

rimonio hace poco en Francia. Su marido es un escritor, Jean Prévost, que tiene ya una buena hoja de servicios en la literatura francesa.

Prévost es autor de un volumen de ensayos titulado «Plaisirs des Sports» y publicado por la *Nouvelle Revue Française* en 1925. Es un alarde de fuerza dueña de sí, bien dispuesta y conducida de manera reverente. Prévost ama los deportes por el factor de belleza y de bienestar que traen a la vida. Los ve desprovistos de brutalidad, llenos de armonía, dar al cuerpo la plenitud de su desarrollo y cierto refinamiento distinguido. Para él un cuerpo bien adiestrado es el mejor compañero de un espíritu culto al cual no fueran ajenos ni el placer de pensar ni la seducción de los sueños. Escrito, además, con mucha conciencia del lenguaje y con toda la precisión técnica que el tema exige, este libro ha sido considerado dentro de la «tradición» francesa. Eso quiere decir que es claro, preciso, lleno de distinción y de elegancia. No es poco decir.

* * *

El sentimiento patriótico no decrece en Francia, sino que por lo contrario siempre algún motivo o pretexto sirve para reactivarlo. Los últimos periódicos literarios franceses nos traen anuncios detallados de una obra monumental titulada «Anthologie des écrivains morts à la guerre». No hemos exagerado al decir que esta obra es monumental. Sabemos, por ejemplo, que constará de cinco grandes volúmenes en los cuales se encontrarán trabajos de cuatrocientos setenta escritores franceses muertos en la guerra, de veintiún hombres muertos después del armisticio, de cuarenta muertos por enfermedades contraídas en las trincheras, de trece escritores belgas muertos y de dieciocho escritores extranjeros, enrolados voluntariamente en las filas francesas. Total, quinientos sesenta y dos escritores...

No nos preocupemos de establecer por qué es tan alto este número. Bien sabemos ya que en Francia los escritores abundan y que sobre todo en los grupos juveniles que fueron los

que más certeramente diezmó la guerra, el número de aficionados a la literatura necesariamente tenía que ser grande. Digamos algo más sobre la obra misma. La publicación estará patrocinada por la Asociación de Escritores Combatientes y dirigida por Thierry Sandre. El tomo primero llevará introducciones de Henry de Jouvenel y León Berard, Ministros de Instrucción Pública y Bellas Artes, respectivamente. El tomo segundo, de Georges Lecomte, Presidente de la Sociedad de Escritores; el tercero, de Robert de Flers, Presidente de la Sociedad de Autores y Compositores dramáticos; el cuarto, de René Doumic, Secretario perpetuo de la Academia Francesa, y el quinto, de Gustave Geffroy, ex-Presidente de la Academia Goncourt. No puede negarse que la obra tiene un carácter netamente oficial, afirmado por los numerosos colaboradores vivos. Entre estos últimos no podemos menos de citar a Bourget, Carco, Le Cardonnel, Mauclair, Massis, Maspero, Reinach, Vaudoyer, etc.

Se augura un éxito clamoroso a esta Antología que volverá a presentar de cuerpo entero la magnitud de la catástrofe que la guerra significó para la inteligencia y la cultura francesa.

* * *

Una obra misteriosa ha comenzado a circular—en muy pocas manos, por cierto—en Francia y en algunos países europeos. Se titula «Les sept pechés capitaux» y contiene, como su nombre lo indica, siete capítulos dedicados a cada uno de los pecados capitales.

Jean Giraudoux escribe sobre el orgullo, el más inocente de los pecados. Sin embargo, él lo califica como el más grave de todos y acaso como el único pecado. Luego Paul Morand habla sobre la avaricia en pequeñas máximas que tienen el sabor de los viejos moralistas de la edad de oro. Posiblemente es este uno de los capítulos que más ha complacido a la crítica. De la envidia se ocupa Andrés Salmón; de la lujuria, Pierre Mac Orlan. Sobre la gula escribe Max Jacob, en forma anecdótica y animadísima. Joseph Kessel para escribir sobre la

pereza traslada al lector a Rusia, país en el cual, según él, tal pecado adquiere contornos especiales. Jacques de Lacretelle, en fin, escribe sobre la cólera un relato vivo que destaca fuertemente sobre el conjunto.

Tal es la obra misteriosa, que contiene ricas aguafuertes de Max Chagall, adaptadas vigorosamente al texto. Hemos dicho también que el libro ha circulado en pocas manos, por una razón muy simple: su alto precio. Dieciseis ejemplares en papel Japón y cuarenta y cuatro en Holanda se han editado a mil ochocientos y mil francos cada uno, respectivamente. La edición corriente consta de doscientos cuarenta ejemplares a trescientos francos cada uno. Nos parece esto razón de sobra para que «Les sept pechés capitaux» no se halle en nuestras librerías.

OMEGA.

Ex-Libris

ORÍGENES DEL PROFETISMO HEBREO, por *J. Navarro Monzó*.—Montevideo, 1926.

El autor de este folleto estudia un punto interesante de la evolución religiosa del pueblo hebreo. Su trabajo comprende tres aspectos fundamentales.

El primero es un breve estudio crítico de la Biblia desde el punto de vista de la ciencia. La filología, la arqueología, la historia han permitido entrar en el vasto laberinto bíblico y distinguir en él algunos caminos claros que no son, desgraciadamente, los más frecuentados. Se ha podido establecer, por ejemplo, que los libros que componen la Biblia tienen interpolaciones y han sido reformados en épocas muy posteriores a aquellas en que fueron escritos. Su ordenación conforme la cronología probable es un esfuerzo que permite avanzar grandemente en la consideración de la Biblia. Luego se han realizado las comparaciones del Libro Santo con otros anteriores a él, y se ha podido rastrear así la corriente de muchas ideas que les son comunes y el origen de concepciones religiosas que parecían independientes y autónomas. Trabajo todo este que por haber sido hecho con frialdad y sin sectarismo, ha sido reputado por algunos como demoleedor de alguna religión...

El segundo aspecto que hallamos en el libro del señor Navarro es la definición del profetismo hebreo, según se ve en sus principales figuras, su significado social y sus consecuencias. El profeta es un hombre poseído por el entusiasmo de Dios. (La etimología lo indica claramente.) No existe sólo en el pueblo

hebreo, ni su misión es sólo la que tiene en éste: censurar las costumbres y anunciar catástrofes y castigos. Manifestaciones posteriores del mismo espíritu profético halla el señor Navarro Monzó en la propaganda de la «*Salvation Army*» y en el movimiento pentecostal de Chile. Como nadie ignora, este último surgió en el seno de los secuaces de las religiones reformadas—fracción mínima de los creyentes chilenos—, y consiste en estados verdaderamente patológicos de éxtasis y de agitación. Durante ellos el poseído brinca y baila hasta quedar exámine, y hace confesión a gritos de sus culpas. Tema de muy interesante estudio sería este movimiento que hasta hace poco tuvo demostraciones ostensibles. Sus consecuencias, como dice el autor, fueron buenas. Muchos hombres se convirtieron, merced a él, a una moral discreta.

En la tercera parte de su libro el señor Navarro Monzó analiza la enseñanza profética entre los hebreos y estudia la evolución de sus principios directivos y su influencia en la mentalidad y en la sensibilidad religiosas. La mística nace sin duda en esos tiempos en que algunos hombres de sentimiento religioso hiperestésico se entregan a todos los frenesíes y tratan de comunicar al pueblo sus visiones, a la vez que admonizan y anuncian los días del castigo y del pago de las culpas.

Tal es, en síntesis, este folleto escrito con sencillez y que acusa un dominio absoluto de la materia tratada. El señor Navarro Monzó ha hecho una obra que se lee con sostenido interés hasta la última línea.

LOS GRANDES ESCRITORES: VICENTE BLASCO IBÁÑEZ,
por *E. Gascó Contell*.—París, 1926.

El libro del señor Gascó Contell sobre Blasco Ibáñez no tiene intención crítica alguna. Es sólo un panegírico encendido, trabajado con amor, con apresuramiento y con poco orden. Valenciano como el autor de «*La catedral*», el señor Gascó Contell ha conocido—desde niño—a Blasco Ibáñez, y ha vivido en una atmósfera de admiración ciega por «*Don Visent*».

Sin embargo no le podemos negar a esta obra su buena información sobre la vida de Blasco Ibáñez. Muy menudamente la describe el señor Gascó Contell, con abundancia de detalles, sobre todo en los primeros años del novelista, los de su iniciación en la política y en la literatura.

Olvida, sí, el señor Gascó Contell algunos episodios que no deben ser gratos a un admirador tan serviente de Blasco Ibáñez. Muy de pasada nos dice, por ejemplo, que su paisano escribió ese libro titulado «El militarismo mexicano», que es el mayor escarnio que Blasco Ibáñez ha podido hacer a la raza hispanoamericana.

No puede tomarse el libro del señor Gascó Contell sino como lo que es: una loa parcial que eleva a Blasco Ibáñez hasta las nubes y le coloca en un pedestal inalcanzable. ¿Nadie podrá llegar hasta él a decirle lo que el esclavo a los emperadores romanos, a la vuelta de las campañas en que habían vencido?

LA NUEVA RUSIA, por *Julio Alvarez del Vayo*. Calpe-España, S. A.—Madrid, 1926.

Entre los centenares de libros sobre Rusia que por ahí van agitando pasiones, enturbiando juicios y propagando o combatiendo interesadas doctrinas, este que acaba de publicar Julio Alvarez del Vayo nos parece el más sereno y objetivo, el más libre, el de más abierta y clara visión.

«Los aspectos de la nueva Rusia—dice el autor—son casi tan vastos como sus horizontes»; y esta verdad exige sin duda tratarlos como él lo hace en su libro: con interés universal de aprendizaje. ¿Puede acaso negar alguien la influencia, directa o indirecta, que las experiencias de ese gran laboratorio social tienen hoy sobre la vida político-económica de los países de Occidente?

Para el lector honrado, que mire el mundo con espíritu científico, esta obra sin tesis, sin bandera y sin la presunción de agotar tema tan complejo y extenso, resultará inapreciable como aporte de observación y base de criterio. A ese lector, el relato

del estallido revolucionario y su proceso tan rápido como inesperado, movido por las circunstancias y las fuerzas latentes, a cuya concurrencia en un momento dado suele denominarse *Fatalidad*, producirán un calofrío. Para Chile, ese capítulo, por muchas razones admirable — admirable y formidable — llega a parecer una advertencia.

Aspectos como el de la literatura, el teatro, la iglesia y la educación constituyen eficaz ayuda para entender otras crisis y renovaciones actuales. Las siluetas de los prohombres son obra de psicólogo y de escritor sintético, preciso y animado.

En suma, un libro de primer orden.

HOJAS DE BAMBÚ, por *Efrén Rebolledo*. Imprenta Universitaria.—Santiago. 1926.

El parnasiano de «Joyelero», el maestro del verso pagano y finísimo que recogió imágenes con la perfección de la plata bruñida del espejo de Afrodita, el poeta mexicano y huésped nuestro, Efrén Rebolledo, nos envía ahora un bello reflejo nipón.

«Hojas de Bambú» es una novela breve; también, y sobre todo, una novela-pretexito, una de esas descripciones argumentadas que sirven al artista para devolver en belleza sus sensaciones y emociones frente a lo exótico. Y es un bello libro.

Están en él las mismas virtudes internas del poeta de «Joyelero»; vale decir, la justeza, el ojo zahorí, la ponderada actitud espiritual. En cuanto a la forma externa, la excelencia se inclina hacia «Joyelero». Rebolledo es más poeta que prosista.

Esto, naturalmente, colocándose en el plano de la perfección; pues la prosa de Rebolledo, si bien se aleja del grado parnasiano, no por ello resulta lo que genéricamente se califica de prosa segundona. No; es flúida y animada, sobria y rica. Y el libro, en total, bueno de toda bondad.

LAS MEJORES POESÍAS DE LOS MEJORES POETAS. Tomo XLIX. *Daniel de la Vega*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

En esta colección, ya famosa por el criterio que la preside y por la amplitud universal con que en ella son acogidos los más grandes líricos del mundo, vuelve a tocar a Chile un lauro. Se ha seleccionado esta vez un cofre de poemas de Daniel de la Vega. Está allí, si no todo lo mejor, gran parte de lo mejor que nuestro poeta lleva publicado.

Echamos de menos algunos poemas, como «La Puerta», en los que está, a nuestro juicio, el quid milagroso de la poesía de Daniel de la Vega: el de hacer temblar, fuera de la palabra, entre los versos sencillos y purísimos, la máxima belleza del tema.

Con todo, es un conjunto que contiene la personalidad del poeta y que basta para difundirla en Europa.

EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO, por *León Robin*. Editorial Cervantes. Barcelona. 1926.

El profesor de la Sorbona, León Robin, sintetiza en los primeros capítulos de esta obra los orígenes prácticos y colectivos del pensamiento. De una lógica asociación, hace partir en seguida la filosofía griega, engendrada por la idea moral y religiosa. Llégase así a Sócrate, con quien se abre la era de la reflexión sobre las creaciones de la vida, y a Platón, condensador de los esfuerzos anteriores. Vemos en el libro de Robin cómo evoluciona el intelecto hacia la ciencia y cómo el pensamiento helénico, hermanándose con las necesidades de la vida humana, se desentiende de las fuerzas tradicionales y religiosas, para emprender el camino de ciertas técnicas, como la medicina con Hipócrates y los Asclepiadas, y el del conocimiento positivo, con Estratón, Euclides, Arquímedes, Ctesibio, Herón. Tucídides.

Después de un detenido estudio del enciclopédico Aristóteles, el autor termina su libro con una revista general de la filosofía antigua, que sobresale por su método y su claridad.

CÓMO TENER Y CRIAR HIJOS SANOS Y ROBUSTOS, por el Dr. *Isauro Torres*. Prólogo del Dr. Angel C. Sanhueza. Editorial Nascimento, Santiago, 1926.

Hace notar el prologuista de esta obra «que en nuestro país se va formando una raza especial, que va heredando de sus antepasados sus enfermedades y sus vicios y que degenera física y moralmente». Atribuye en gran parte el daño a la ignorancia de los progenitores; y, tras de analizar el libro prologado, concluye por reconocer que el Dr. Isauro Torres ha abarcado en su obra todo el problema infantil y, en estilo claro y sencillo, ha llevado las soluciones a quien las busque para «tener y criar hijos sanos y robustos».

La autoridad del Dr. Sanhueza basta para creer en la afirmación. La lectura del libro da en seguida la certeza. Entre los libros de puericultura que en Chile se han publicado—pocos desgraciadamente—nos atreveríamos a decir que este del Dr. Isauro Torres es el más completo, el que más fácilmente será comprendido y seguido por las madres y el que, por lo tanto, en forma más efectiva, contribuye a ese elemento de riqueza nacional que se llama «el factor hombre».

Y ya esto solo sería razón para recomendar el libro.

AL POLO NORTE EN AVIÓN, por *Roald Amundsen*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

He aquí un libro que, a la seducción de los relatos de viajes, añade las hazañas del vuelo y sus emociones máximas. El célebre explorador noruego refiere allí las incidencias de su última exploración polar, en el verano de 1925.

Amundsen expone concisa, sobria, hasta fríamente, esta épica

gesta de tenacidad y ardimiento, y, acaso por esta misma enfonación tranquila, su libro apasiona. Es el sortilegio de la veracidad tranquila de los hombres de ciencia y de los grandes audaces.

Traduce el libro el ingeniero aviador español don Augusto Mendoza Larssen, quien añade un prólogo en el que se puntualiza la importancia científica de las expediciones de Amundsen.

DIARIO ÍNTIMO DE PIERRE LOTI. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

Viene a cerrar, como colofón valioso, la colección de obras completas de Loti, este volumen, el más sincero, el más sabroso, el más autobiográfico de los libros del marino poeta. Hallamos en él siempre la esencia de exotismo, pero ahora hecha carne viva y propia, y hallamos en seguida el pensamiento íntimo sobre los grandes hechos de la vida francesa. Hallamos las relaciones literarias del novelista con otros maestros de su tiempo, y hallamos las relaciones amorosas que lo ligaron a Shara Bernhardt.

Es, tal vez, el libro más interesante de Pierre Loti. Al menos, el que menor dosis de artificio contiene y el que más nos habla del hombre, de ese hombre que Loti escondió tenazmente tras la fantasía y los gestos refinados.

GLOSARIO DE REVISTAS

Rosny, presidente de la Academia Goncourt

Recientemente ha sido elegido presidente de la Academia Goncourt el conocido novelista J. H. Rosny, aîné. Con este motivo los periódicos y las revistas literarias de Francia registran noticias y artículos de homenaje al maestro.

Pierre Masse se ocupa de él en un buen trabajo que publicó hace poco *Les Nouvelles littéraires*. He aquí un resumen de sus párrafos culminantes:

Rosny comienza su carrera de escritor cuando las fuerzas del naturalismo francés no sólo estaban intactas sino que se hallaban en el instante cenital de su existencia. Zola, Daudet, Goncourt, Coppée, etc., eran los dioses y semidioses de la época. Cada escritor trataba de seguirles el paso, exagerando sus procedimientos y llevando así la escuela a su necesaria decadencia. En ese tiempo el actual maestro ensaya sus fuerzas por primera vez y lanza su novela *Nell Horn* (1886).

Edmundo Goncourt sintióse

alraido por el talento que manifestaba este joven escritor y lo atrajo hacia el círculo en que se movían los más prestigiosos escritores de aquel tiempo. En cierto modo la amistad de Goncourt decidió el porvenir literario de Rosny. Alentado y aplaudido por aquél, el autor de *Nell Horn* lanza luego su obra titulada *Bilatéral*. En toda la primera etapa de la obra de Rosny hallamos la influencia naturalista. Hombre de espíritu preciso, amante de la ciencia, Rosny encontraba en la escuela de Médan la mejor manera de expresarse literariamente.

Desde aquellos años el escritor no ha dejado de producir, tentando cada vez un vuelo más personal, hasta llegar a sus últimas obras que le muestran como un maestro indiscutible del género. Su arte es preciso y justo. Sus personajes tienen psicologías simples, bondadosas, que nos tocan muy de cerca. No deja Rosny de ser en algo naturalista, pero en su manera ha entrado mucho el impresionismo que se incubaba, en sus años de iniciación, junto

a su bohardilla y a su mesa de escribir.

No hace Rosny grandes cuadros, a lo Zola, con muchedumbres que se agitan por pasiones colectivas, ni siquiera sigue con minuciosidad de antropólogo la vida de una familia a lo largo de generaciones. Su novela es más íntima, más esencial. Pensada a la vez que observada, la vida fluye en ella sin agitaciones pero sí en la esplendidez de su variedad sin límites.

Masse examina con detenimiento *Bilatéral*: «Considerado en sus detalles, dice, con todas las excrecencias que invaden algunas de sus páginas, da la impresión confusa de un libro concebido en una crisis de crecimiento. Parece un monstruo, un bello monstruo.» Lo mismo, agrega, podría decirse de *La Légende sceptique*, libro inédito de Rosny, que su autor anunciaba ya por los años 1888 y 1889.

Rosny ha sabido utilizar la ciencia con un objetivo literario elevado y noble. Sus obras están engendradas con acuerdo a una técnica poderosa y ejecutadas por una inteligencia vigilante. Así se explican la seguridad de su estilo y el proporcionado equilibrio de las partes.

Masse termina su artículo diciendo: «La Academia Goncourt no podía elegir a nadie que la represente mejor que

este hombre de iniciativas fecundas, este prestigioso escritor que no ha separado jamás el talento de la probidad.»—S.

Por una nueva literatura rusa.

En el número XXXIV de la *Revista de Occidente* leemos un bien pensado artículo cuyo título es el de estas líneas, firmado por el escritor ruso Vladimir Astrow. Su publicación, según nota que se halla sobre él, obedece a un propósito que anima a la *Revista*: «dar a conocer las principales producciones de la literatura que florece actualmente en Rusia».

El artículo de referencia nos describe los principales períodos de una tórrida discusión literario-política de que ha sido escenario Rusia. «Durante siglos — comienza diciéndonos Astrow—, la mayor parte de la población fué mantenida en la pobreza y la estupidez por una clase directora grosera y hostil a la espiritualidad.» La literatura rusa hállase marcada, en efecto, por las consecuencias de semejante proceder. Es escasa en relación a la gigantesca cuantía de la población del país eslavo y contiene siempre un fermento íntimo de agitación social. Parece la obra de unos cuantos profetas que —como los bíblicos— censuran y amenazan.

Producida la revolución, fué

intento de algunos dirigentes del movimiento hacer una cultura netamente proletaria, potenciar las capacidades inéditas del pueblo y abrir caminos y presentar metas a muchos espíritus. Contra estas intenciones hubo algunas resistencias que fueron de corta duración: «El hecho es—dice Astrow— que no solamente la resistencia pasiva de la mayor parte de los intelectuales fué de corta duración, sino que los elementos mejor dotados y más sedientos de progreso de las «capas inferiores» siguieron naturalmente a la intelectualidad bajo cuya dirección podían ser iniciados en los secretos del arte y de la cultura. Las innumerables escuelas y sociedades obreras de «cultura proletaria» fueron dirigidas con éxito por notables representantes de la intelectualidad.»

Este período de colaboración no pudo subsistir por largo tiempo: tenía enemigos interiores que concluyeron por vencerlo. Los futuristas, que se desarrollaron en ese tiempo en gran número, emprendieron una campaña furiosa contra los elementos de generaciones anteriores, que entendían el arte en forma distinta.

Al mismo tiempo el Estado de la dictadura proletaria quería realizar por su cuenta el surgimiento del pueblo a una vida cultural elevada. Los futuristas y los elementos más jó-

venes del arte y de la literatura formaron en las filas oficiales y enderezaron contra los viejos, los representantes de generaciones ya pasadas, violentos ataques. A éstos les fueron negadas todas las facilidades que puso el Estado proletario a disposición de los artistas proletarios. Tan importante llegó a ser el problema, que el propio Trosky se ocupó de estudiarlo en su folleto «Literatura y revolución», publicado en 1923. El estadista revolucionario era en cierto modo amigo de la colaboración. Para él las fuerzas directivas de la dictadura no tendrían tiempo para ocuparse de los intereses de la cultura durante el cumplimiento de su misión. Lógico era que se confiase esta tarea a los escritores de las clases no proletarias. Por cierto que Trosky no la confiaba sin restricciones: al contrario, el partido comunista habría debido tener siempre, según él, un contralor efectivo sobre los elementos intelectuales.

Sucediose entonces una etapa de colaboración en que trabajaron unidos, sin grandes renquillas al principio, los proletarios y los burgueses, en las letras y en la cultura general. Pero pronto los primeros se despeñaron en un torrente de intransigencia y de ataque denodado que no retrocedió ante ningún arma para perseguir el triunfo. Un crítico comunista,

Osinsky, ha escrito en *Pravda*, diario del partido, artículos en que hace alusión a tales ataques, y ha podido condenarlos. Una asociación de escritores proletarios que se forma, sintetiza los principios que guían su acción: «La dominación del proletariado—leemos en el artículo de Astrow—es incompatible con la dominación de una ideología no proletaria, y, por tanto, de una literatura no proletaria. Hablar de que en la literatura es posible una colaboración y una emulación pacíficas de direcciones ideológicas distintas, no es sino una utopía reaccionaria.»

El intento, como se ve, lleva envuelta la hegemonía de la cultura. No se trata de que la lucha tranquila de ambos tipos de cultura, la proletaria y la burguesa, arroje su resultado en la forma y en el tiempo oportunos, sino de que subsistan la una o la otra solamente. Esto es, según lo ha calificado el diario *Pravda*, «el principio de la lucha sistemática de esta literatura por el triunfo pleno, por la anulación de todas las clases y matices de la literatura burguesa y pequeño-burguesa». Los proletarios han pedido que el partido comunista asuma la dirección cultural en la misma forma en que ha tenido y tiene la dirección política y social del país. Toda ideología que no responda claramente a los principios

consagrados por el partido habría sido extirpada. Tales elementos, leemos luego, «pedían además, y principalmente, que los «concurrentes» fuesen oficialmente tratados como parias, y demandaban a este propósito que la dirección superior de la editorial del Estado, las revistas y la censura artística y literaria fuesen puestas en manos de los representantes de la literatura proletaria».

Vino a salvar el entredicho el cambio de frente político que se ha visto obligado a aceptar el partido comunista. La actitud hegemónica que pedían los artistas proletarios estaba en consonancia con el apabullamiento de todo lo que no fuera proletario en los terrenos político y económico. Pero ahora se vive un período de colaboración general, muy alejado por cierto de los frenéticos extremismos del comienzo. «En la primavera de 1924—nos dice Astrow—se reunió una conferencia de conspicuos, convocada por el partido ((comunista), para ofrecer una tregua a las pasiones desbordantes y fijar una determinada línea directiva en la política de la literatura.» No tuvo éxito esta reunión. «El partido viose, pues, obligado, en el año 1925, a celebrar una segunda conferencia, la cual, esta vez, tomó una clara y decisiva posición respecto del problema.»

Los principios a que se ha

llegado a acuerdo en esta segunda conferencia se pueden resumir en la forma siguiente: «El partido debe apartar todos los elementos antiproletarios y contrarrevolucionarios y combatir la ideología de la nueva burguesía, pero tratar con miramientos las variedades ideológicas intermedias. Todo superficial desprecio a los antiguos valores culturales y a los especialistas de las bellas letras debe ser resueltamente rechazado. La crítica comunista no

puede adoptar el tono de mandato. Ha de permitirse la libre competencia de las distintas agrupaciones y corrientes en cada terreno.»

¿Será duradera esta solución intermedia? Tiene por lo menos a su favor el que la posición intransigente del partido comunista haya cedido el paso a la colaboración política y económica. Eso sin duda asegura en cierto modo su permanencia, para bien de la cultura rusa. —S.

